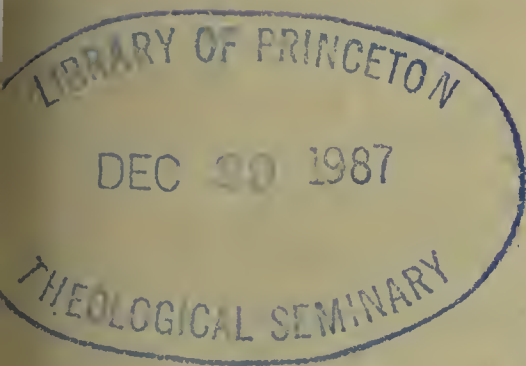


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios6701unse>

ESTUDIOS



SUMARIO

CARLOS HAMILTON: "EL NACISMO PAGANO ANTE LA FE CRISTIANA".—GUSTAVO FERNANDEZ DEL RIO: "FILOSOFIA Y RACISMO".—MANUEL ATRIA: "ISRAEL, PUEBLO DE DIOS". — JAIME EYZAGUIRRE: "MUERTE Y RESURRECCION DE ISRAEL". — JAVIER LAGARRIGUE ARLEGUI: "EL SECRETO DE SION".

BENJAMIN DAVILA: "EL MISTERIO DE LA POBLACION SOVIETICA".—ANTONIO CIFUENTES: "EL MITO DE LA SOBREPDUCCION GENERAL".—JOSE LUIS CERDA: "DANZA DEL AGUA Y DEL FUEGO". (POEMAS).—LIBROS.

70

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

REDACCION:

JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370

Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$	35.—
„ „ „ „ EXTRANJERO		1.50 Dólar
NUMERO SUELTO	\$	3.00
„ ATRASADO	\$	4.00

**SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN:
LA ADMINISTRACION**

**HUERFANOS 972 — OFICINA 501
SANTIAGO DE CHILE**

ATENCION: DE 16.30 a 19 HORAS

**AÑO VI N.º 70
SEPTIEMBRE DE 1938**

INDICE

RACISMO Y ANTISEMITISMO

	PAG.
AGUJA DEL TIEMPO: "Racismo y Antisemitismo"	4
"EL RACISMO PAGANO ANTE LA FE CRISTIANA", por Carlos Hamilton	5
"FILOSOFIA Y RACISMO", por Gustavo Fernández del Río	11
"ISRAEL, PUEBLO DE DIOS", por Manuel Atria	17
"MUERTE Y RESURRECCION DE ISRAEL", por Jaime Eyzaguirre	34
"LA LEYENDA DE SION", por Javier Lagarrigue Arlegui	51
LOS LIBROS: "Les Juifs et Jésus", por Joseph Bonsirven, P. 62.—"Le retour d'Israel", por Max Marín, P. 62.	

CUESTIONES SOCIALES Y POLITICAS

"EL MISTERIO DE LA POBLACION SOVIETICA", por Benjamín Dávila	64
"EL MITO DE LA SOBREPDUCCION GENERAL", por Antonio Cifuentes	68
LOS LIBROS: "De las antiguas a las modernas corporacio- nes", por Carlos Radicati di Primeglio, P. 69.	

LETRAS Y ARTES

"DANZA DEL AGUA Y DEL FUEGO".—Poemas de José Luis Cerda Urrútia	72
EL PAISAJE DE LAS LETRAS: "La antología de la poe- sía religiosa", de R. E. Scarpa, por Osvaldo Lira, P. 73.	
LOS LIBROS: "Goethe. Historia de un hombre", por Emil Ludwig, P. 76.—"Los cuentistas chilenos", Antolo- gía de Raúl Silva Castro, P. 76.	

Algunos de los libros nuevos recién recibidos:

KARL ADAM.—La esencia del Catolicismo	\$ 25.70
KARL ADAM.—Jesus-Christus	„ 25.70
HOORNAERT.—Combate de la Pureza	„ 11.00
ALBERTO HURTADO.—La vida afectiva en la adolescencia	„ 2.00
MAURIAC, DUCATTILLON, BERDIAEFF, etc.— El Comunismo y los Cristianos	„ 23.20
CLAUDEL, MARITAIN, etc.—Los Judíos	„ 20.60
ROQUE ESTEBAN SCARPA.—Poesía Religiosa Española-Antología	„ 33.00
P. CROISIER.—Hacia un porvenir mejor	„ 6.80
TETENS, T. H.—Cristianismo, Hitlerismo, Bol- chevismo	„ 6.20
FRANCESCHI.—Reacciones. Una sociedad que marcha hacia el abismo	„ 7.60
LOUIS DE PACE.—Panorama Social de L'Italia Nouvelle	„ 16.00
P. JACOBS Y E. NED —Eduardo Poppe	„ 21.70
P. HEREDIA.—Una fuente de energía.—(2. ^a edi- ción)	„ 13.00

PROXIMAMENTE PUBLICARA "SPLENDOR":

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS.—Historia de un alma.
OSCAR LARSON.—Cristo Histórico.
COODIER.—Un corto camino de santidad.
SAN BERNARDO.—Cartas Selectas.
LIBRERIA Y EDITORIAL "SPLENDOR" DE LA S. C. C.
DELICIAS, 1626 :: SANTIAGO :: TEL. 89145 :: Cas. 3746.

El mejor tónico cerebral

"Fitosan"

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio

PROBLEMAS DE LA HORA

RACISMO Y ANTISEMITISMO

“EL RACISMO PAGANO ANTE LA FE CRISTIANA”, por el Pbro. Carlos Hamilton, Profesor en la Facultad Pontificia de Teología de la Universidad Católica de Santiago.

La común paternidad divina de los hombres y el beneficio universal de la Redención, repugna al concepto de exclusivismos raciales. El respeto a la persona humana y la ley de caridad, prohíben, por otra parte, la imposición forzada de la fe cristiana y las medidas de violencia en contra de los sustentadores de otros credos religiosos.

“FILOSOFIA Y RACISMO”, por Gustavo Fernández del Río, Profesor de Filosofía de la Universidad Católica de Santiago.

Los principios de la filosofía permiten enunciar “la unidad y la igualdad esencial-específica de todos los hombres”.

“ISRAEL, PUEBLO DE DIOS”, por Manuel Atria, ex-Profesor de la Universidad Católica de Santiago.

Para comprender la posición del judío en el cosmos es necesario adentrar en la filosofía de la historia y advertir merced a la Revelación divina la primogenitura del pueblo de Israel.

“MUERTE Y RESURRECCION DE ISRAEL”, por Jaime Eyzaguirre, Profesor de la Universidad Católica de Santiago.

Toda la Sagrada Escritura respira una continuada promesa de restauración del pueblo de Israel, que a pesar de su caída no ha sido desechado para siempre.

“EL SECRETO DE SION”, por Javier Lagarrigue Arlegui, Presidente de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos.

La campaña antisemita busca de apoyar sus razones en un documento de discutida autenticidad: “Los Protocolos de los Sabios de Sion”, sobre cuyos orígenes se discute hasta la fecha con encono.

LOS LIBROS:

“Les Juifs et Jésus. Attitudes nouvelles”, por Joseph Bon-sirven.

“Le retour d’Israel”, por Max Marin.

AGUJA DEL TIEMPO



RACISMO Y ANTISEMITISMO

Ha querido también nuestra revista decir su palabra en este debate trágico y doloroso provocado por el fascismo acerca de la desigualdad de las razas y de la negación de los derechos de la persona humana al pueblo judío. Y ha querido "Estudios" intervenir en la polémica sin motivos de orden político, que quedan extraños a sus páginas, y tan sólo con la autoridad que a su argumento concede el total sometimiento del mismo a las normas augustas del Cristianismo. Una voz de armonía, de caridad, de comprensión, es la que en esta oportunidad alza nuestro mansuario al través de la pluma de varios de sus colaboradores, que no pretenden sino ser un eco de las claras y categóricas directivas del Vicario de Cristo sobre tan discutidas como graves materias. Porque es preciso que los cristianos sepan y vivan lo que Roma ha expresado de manera tan clara sobre la religión hemofílica que pretende implantar el neo-paganismo de la hora y sobre esa contagiosa locura anti-judía, que con generalizaciones indignas de una mente equilibrada, intenta responsabilizar a la totalidad de un pueblo de los errores en que puedan haber incurrido algunos de sus miembros

"Cualquiera — dice S. S. Pío XI — que tome LA RAZA, o el pueblo, o el Estado, o las formas de Estado, o los depositarios del poder o todo otro va'or fundamental de la comunidad humana — cosas todas que tienen en el orden terrestre un lugar innecesario y honorable — cualquiera que tome estas nōciones para retirarlas de esta escala de valores y las DIVINIZA POR UN CULTO IDOLÁTRICO, éste da vuelta y falsea el orden de las cosas creadas y ordenadas por Dios, éste ESTA LEJOS DE LA VERDADERA FE EN DIOS Y DE UNA CONCEPCION DE LA VIDA QUE RESPONDA A ESTA FE". (Encíclica sobre la situación de la Iglesia Católica en el Reich Alemán, 14-III-1937). Y la Congregación romana del Santo Oficio, concretándose a la cuestión judía, declara categóricamente lo que sigue en 1929: "La Iglesia Católica ha tenido siempre la costumbre de orar por el pueblo judío, que fué el depositario de las promesas divinas hasta Jesucristo, a pesar de la continuada ceguera de este pueblo y, más aún, a causa de esta misma ceguera. ¡Con qué caridad ha protegido la Sede Apostólica a ese mismo pueblo contra las vejaciones injustas! Puesto que ella reprueba en toda forma los odios y las animosidades entre los pueblos, CONDENA POR ENTERO EL ODIOS CONTRA EL PUEBLO EN OTRO TIEMPO ESCOGIDO POR DIOS, este odio que hoy día es costumbre de designar comunmente con el nombre de ANTISEMITISMO".

He aquí pues la voz de Roma, he aquí el fundamento doctrinal en que descansan los trabajos que "Estudios" entrega a la consideración de sus lectores.

Para los hombres de buena voluntad, para los que aún no se han dejado subyugar por los odios y exclusivismos de la época, y en fin, y muy especialmente, para los cristianos que por encima de inhumanas pasiones quieren dignamente ostentar ese apelativo de amor y de paz, van dirigidas las páginas que siguen.

El Racismo Pagano ante la Fé Cristiana

Por el Pbro. Carlos Hamilton

¿Qué significa el antisemitismo de los racistas modernos?
¿Cuál es la verdad de la Fe acerca del racismo y del anti-semitismo?

El primer racismo que conoce la historia es el del pueblo judío. Quién sabe si la rabia antijudía de los racistas arios, y simios (el de los pueblos que han resultado "arios" de última hora...) no reconoce por raíz subconsciente un complejo de inferioridad, el sentirse no los creadores originales de una filosofía racial nueva, en el mundo, sino malos calcadores del porfiado exclusivismo racial de los mismos judíos, de cuya sangre quiere purificar la suya el nuevo Estado racista del siglo XX, cuando ya no queda ninguna raza pura.

Biológicamente el racismo no pasa de ser una tontería. Jurídicamente, el principio del Nacionalismo, proclamado en 1851 por Mancini, es una injusticia contraria al derecho natural, llamada a perturbar el orden político y a disolver el orden social internacional; sin que pueda demostrarse en absoluto una razón de ser de esta tendencia estatal. No es la raza el supremo bien que puede unir a los hombres entre sí. A fortiori se podría pretender unir en un solo Estado político a todos los que forman una misma religión, y destruir así las fronteras, más mezquinas, de los Estados racistas contemporáneos... La filosofía destituye de valor serio la mística racista. Pero, sobre todo, y por eso ha habido alto y claro el Supremo Vigía del mundo cristiano, es un grosero atentado contra el Cristianismo.

Es natural que el racismo embista violentamente contra el Antiguo y el Nuevo Testamento, para inventar una caricatura de redención por la sangre germana, borrando el único Nombre en el que es dable esperar salvación en los cielos y en la tierra: el Hijo del Hombre que alumbró a TODO hombre que viene a este mundo.

El Cardenal Faulhaber, se pregunta: "¿Cuál es la situación del Cristianismo frente a la raza germana? Raza y Cristianismo en sí no constituyen contrastes, pero sí órdenes distintos. La raza es el orden natural; el cristianismo es la revelación, es decir, el orden sobrenatural. La raza es la unión con el pueblo; el cristianismo es ante todo, la unión con Dios. La raza es la totalidad y el aislamiento nacionales; el cristianismo es la Buena Nueva para TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA"... "Ningún pueblo de la tierra concedió tanta

importancia a la sangre y a la raza como los Israelitas del Antiguo Testamento. Pero en la plenitud de los tiempos, el dogma de la raza quedó sustituido por el de la Fe. Llegaron hasta el pesebre de Belén, judíos y paganos, pastores de la tierra israelita y sabios del Oriente. En el reino de este Niño no existía, según lo dicho por su heraldo, "DIFERENCIA DE JUDIO Y DE GRIEGO, porque el mismo que es Señor de TODOS, rico es para TODOS los que le invocan". (Rom. X-12).

El Cristianismo tiene por territorio todo el orbe; la Iglesia de Cristo llama a su reino a todos los hombres, a quienes tiene por derecho divino la misión de predicar la buena nueva. "Enseñad a todos los pueblos... Predicad el Evangelio a toda creatura... Todo poder me ha sido dado en la tierra y en el cielo: Id, pues...". Entrarán al reino los que crean que Cristo es el Redentor; no por revelación de la carne ni la sangre, sino por enseñanza de Dios que envía a su Verbo, que incorpore en su Cuerpo a todos los hombres, sin distinciones de razas ni latitudes, mientras desde el nacer del sol hasta el ocaso se ofrecerá en todo el universo una ofrenda limpia al Padre (Malaq.) Y el precepto supremo, el Mandamiento suyo, de Aquel que sanó a la mujer siro-fenicia, y enseñó a la de Samaria, que los hijos del reino no adorarían sobre este o este otro monte, sino que en espíritu y en verdad llamarían todos al mismo Dios, Padre, es la caridad fraterna que une a todos los seres humanos en El. Pues El es la Cabeza de este cuerpo, el rey de esta "raza escogida, de este sacerdocio real, de este pueblo de adquisición" que no lleva marca de color sobre la piel o en el fondo de los ojos, sino que lleva la cruz y la luminosidad del Evangelio sobre la frente y en el fondo del corazón; que no se divide en confusión babilónica de lenguas, como los pueblos y las razas naturales, sino que expresa unánimemente el mismo Verbo que descendió de los cielos para llevarse consigo toda la plegaria de la humanidad regenerada por SU PRECIOSISIMA SANGRE; y que hace correr su Sangre divina por este místico Cuerpo en que está injertada toda la humanidad creada y redimida por El, para que hasta los mismos cuerpos sean después glorificados en la consumación de su reino de perfecta unidad y de indestructible amor.

La Iglesia no admite, en consecuencia, distintos derechos para las distintas razas. Los derechos innatos del hombre, le competen directamente y absolutamente por su naturaleza de ser racional, sin relación a ningún accidente diferencial. Sus derechos sobrenaturales, nacen con el nacimiento sobrenatural del Santo Bautismo que lo mismo lava la rubia cabeza del germano bajo la mano de Bonifacio, que la cabeza azabache del etíope descendiente de la Reina de Sabá; y que hace ciudadano de la Ciudad de Dios, tanto al romano levantado de la fuente bautismal de Constantino, como al indio bautizado

en la corriente clara de un río. Derechos humanos y divinos, naturales y sobrenaturales iguales para todos los hermanos hijos del mismo Dios, a quienes por igual dió la tierra para que la labraran, y prepara el cielo para el Sábado eterno de una misma y divina felicidad.

En su Historia, la Iglesia se nos muestra siempre consecuente con esta humano-divina catolicidad de sus principios. Hoy los defiende contra el orgullo pagano que quiere retroceder a la época salvaje en que las selvas germánicas no habían escuchado todavía la verdadera canción de libertad del Evangelio de Jesús, borrando para eso su nombre; porque no habiéndose podido demostrar que Jesús fuera ario o al menos no un judío de pura sangre, prefieren quedarse sin redención antes que ser lavados con otra sangre que la de sus guerreros. Y defiende la Iglesia los derechos intocables de todos sus hijos hasta con la propia sangre cristiana del martirio.

San Gregorio Magno en Carta Apostólica, el año 591 encarece la caridad para con los judíos, hijos ciegos, del pueblo de Dios según la carne, que nos guardan el tesoro de las Escrituras, religiosamente, sin tener la luz de fe para leerlas y ser salvos. Y se queja de los Obispos de Arlés y Marsella súbditos entonces de España, porque en sus diócesis (no en la Iglesia Universal) se atraía al bautismo a los judíos por la fuerza, y ordena: "Tengan libre licencia para observar sus fiestas todas, tal como hasta ahora y por largo tiempo la han tenido sus padres" (Decr. dist. 45. cap. "Qui sincera"). San Isidoro de Sevilla, en su "Historia Gothorum" reprueba al Rey Sisebuto, "porque en verdad obligó por la fuerza a los que debió atraer por la razón de la fe".

Es el invariable principio que marca la medida sabia de la única tolerancia verdadera que no da derechos al error, pero que guarda los derechos que tiene la verdad a no ser impuesta con la fuerza, como si no tuviera su propia fuerza, y que consagra el canon 1351 del Código de Derecho canónico: "A nadie se obligue contra su voluntad a abrazar la fe católica".

Pastor, en su célebre Historia de los Papas (VI-pág. 91) escribe: "Como los más de los papas del siglo XV, mostró Alejandro VI (español) una grande tolerancia y humanidad respecto de los judíos, a los cuales amparó, así en Roma como en Aviñón, y aun concedió a muchos desterrados de España, Sicilia y Provenza, permiso para establecerse y domiciliarse en la Ciudad Eterna".

En 1492, a la caída de Granada, la misma Inquisición española, tan injustamente calumniada, y por otra parte, severa hasta extrañarse en algunos casos de la justicia y de la piedad, concedió a los moros libertad de culto; y sólo los castigó cuando se descubrió una conspiración política de los moros con los "marranos", judíos falsamente convertidos: defensa propia, de fe y sociedad. Y aun entonces el Papa, Clemen-

importancia a la sangre y a la raza como los Israelitas del Antiguo Testamento. Pero en la plenitud de los tiempos, el dogma de la raza quedó sustituido por el de la Fe. Llegaron hasta el pesebre de Belén, judíos y paganos, pastores de la tierra israelita y sabios del Oriente. En el reino de este Niño no existía, según lo dicho por su heraldo, "DIFERENCIA DE JUDIO Y DE GRIEGO, porque el mismo que es Señor de TODOS, rico es para TODOS los que le invocan". (Rom. X-12).

El Cristianismo tiene por territorio todo el orbe; la Iglesia de Cristo llama a su reino a todos los hombres, a quienes tiene por derecho divino la misión de predicar la buena nueva. "Enseñad a todos los pueblos... Predicad el Evangelio a toda creatura... Todo poder me ha sido dado en la tierra y en el cielo: Id, pues...". Entrarán al reino los que crean que Cristo es el Redentor; no por revelación de la carne ni la sangre, sino por enseñanza de Dios que envía a su Verbo, que incorpore en su Cuerpo a todos los hombres, sin distinciones de razas ni latitudes, mientras desde el nacer del sol hasta el ocaso se ofrecerá en todo el universo una ofrenda limpia al Padre (Malaq.) Y el precepto supremo, el Mandamiento suyo, de Aquel que sanó a la mujer siro-fenicia, y enseñó a la de Samaria, que los hijos del reino no adorarían sobre este o este otro monte, sino que en espíritu y en verdad llamarían todos al mismo Dios, Padre, es la caridad fraterna que une a todos los seres humanos en El. Pues El es la Cabeza de este cuerpo, el rey de esta "raza escogida, de este sacerdocio real, de este pueblo de adquisición" que no lleva marca de color sobre la piel o en el fondo de los ojos, sino que lleva la cruz y la luminosidad del Evangelio sobre la frente y en el fondo del corazón; que no se divide en confusión babilónica de lenguas, como los pueblos y las razas naturales, sino que expresa unánimemente el mismo Verbo que descendió de los cielos para llevarse consigo toda la plegaria de la humanidad regenerada por SU PRECIOSISIMA SANGRE; y que hace correr su Sangre divina por este místico Cuerpo en que está injertada toda la humanidad creada y redimida por El, para que hasta los mismos cuerpos sean después glorificados en la consumación de su reino de perfecta unidad y de indestructible amor.

La Iglesia no admite, en consecuencia, distintos derechos para las distintas razas. Los derechos innatos del hombre, le competen directamente y absolutamente por su naturaleza de ser racional, sin relación a ningún accidente diferencial. Sus derechos sobrenaturales, nacen con el nacimiento sobrenatural del Santo Bautismo que lo mismo lava la rubia cabeza del germano bajo la mano de Bonifacio, que la cabeza azabache del etíope descendiente de la Reina de Sabá; y que hace ciudadano de la Ciudad de Dios, tanto al romano levantado de la fuente bautismal de Constantino, como al indio bautizado

en la corriente clara de un río. Derechos humanos y divinos, naturales y sobrenaturales iguales para todos los hermanos hijos del mismo Dios, a quienes por igual dió la tierra para que la labraran, y prepara el cielo para el Sábado eterno de una misma y divina felicidad.

En su Historia, la Iglesia se nos muestra siempre consecuente con esta humano-divina catolicidad de sus principios. Hoy los defiende contra el orgullo pagano que quiere retroceder a la época salvaje en que las selvas germánicas no habían escuchado todavía la verdadera canción de libertad del Evangelio de Jesús, borrando para eso su nombre; porque no habiéndose podido demostrar que Jesús fuera ario o al menos no un judío de pura sangre, prefieren quedarse sin redención antes que ser lavados con otra sangre que la de sus guerreros. Y defiende la Iglesia los derechos intocables de todos sus hijos hasta con la propia sangre cristiana del martirio.

San Gregorio Magno en Carta Apostólica, el año 591 encarece la caridad para con los judíos, hijos ciegos, del pueblo de Dios según la carne, que nos guardan el tesoro de las Escrituras, religiosamente, sin tener la luz de fe para leerlas y ser salvos. Y se queja de los Obispos de Arlés y Marsella súbditos entonces de España, porque en sus diócesis (no en la Iglesia Universal) se atraía al bautismo a los judíos por la fuerza, y ordena: "Tengan libre licencia para observar sus fiestas todas, tal como hasta ahora y por largo tiempo la han tenido sus padres" (Decr. dist. 45. cap. "Qui sincera"). San Isidoro de Sevilla, en su "Historia Gothorum" reprueba al Rey Sisebuto, "porque en verdad obligó por la fuerza a los que debió atraer por la razón de la fe".

Es el invariable principio que marca la medida sabia de la única tolerancia verdadera que no da derechos al error, pero que guarda los derechos que tiene la verdad a no ser impuesta con la fuerza, como si no tuviera su propia fuerza, y que consagra el canon 1351 del Código de Derecho canónico: "A nadie se obligue contra su voluntad a abrazar la fe católica".

Pastor, en su célebre Historia de los Papas (VI-pág. 91) escribe: "Como los más de los papas del siglo XV, mostró Alejandro VI (español) una grande tolerancia y humanidad respecto de los judíos, a los cuales amparó, así en Roma como en Aviñón, y aun concedió a muchos desterrados de España, Sicilia y Provenza, permiso para establecerse y domiciliarse en la Ciudad Eterna".

En 1492, a la caída de Granada, la misma Inquisición española, tan injustamente calumniada, y por otra parte, severa hasta extrañarse en algunos casos de la justicia y de la piedad, concedió a los moros libertad de culto; y sólo los castigó cuando se descubrió una conspiración política de los moros con los "marranos", judíos falsamente convertidos: defensa propia, de fe y sociedad. Y aun entonces el Papa, Clemen-

te V, mitigó severamente los rigores del tribunal español. Y cuando la expulsión de los judíos se hizo universal, de España, de Portugal y no por racismo sino por defender la unidad política de las naciones y evitar el peligro de contagio para la pureza de la fe; y en Africa los masacraban los moros; los que pudieron huyeron a Francia y a las orillas del Bósforo. "Los otros, — dice Margarita Jouve ("Torquemada", obra no católica) rechazados en todas partes, reducidos a la última miseria, despertaron la piedad del Papa Clemente VII (debe ser un error: Clemente V), quien les abrió las puertas de Roma. Y como restos de un naufragio, estos fugitivos ya casi sin aliento, agotados los nervios, llegaron a vararse en la ciudad de los Apóstoles".

Bonifacio VIII, el gran pontífice medioeval, canonista máximo de su época, hizo edificar el barrio judío del Trastevere, para los judíos expulsados de Francia por Felipe el Hermoso. Todavía se visita en Roma esta típica judería donde dió refugio la caridad de los Pontífices, a los judíos, en el centro de los Estados Pontificios.

Igual actitud e idéntica severa protesta la del Papa actual contra las persecuciones antisemitas de los estados racistas.

En su doctrina y política misional, Benedicto XV y Pío XI trazan escrupulosamente las normas de catolicidad que deben dirigir el apostolado de las misiones entre razas menospreciadas por el mundo y el estado pagano; y condenan la intromisión del patriotismo nacionalista en el campo de la mies misional: "Ver por qué en Nos han producido honda amargura ciertos rumores y comentarios que en cuestión de misiones van esparciéndose de unos años a esta parte, por lo que se ve que ALGUNOS relegan a segundo término, posponiéndola a las miras patrióticas, la dilatación de la Iglesia; y Nos causa maravilla cómo no reparan en lo mucho que su conducta pre-dispone las voluntades de los infieles contra la Religión. No obrará así quien se precie de ser lo que su nombre significa. misionero; pues ese tal, con la idea siempre fija de que su misión es embajada de Jesucristo y no legación patriótica, se conducirá de suerte, que quien quiera que examine su proceder, al punto reconozca en él al ministro de una Religión. que sin exclusivismos de fronteras, abraza a todos los hombres que adoran a Dios en espíritu y en verdad; religión "Donde no hay distinción de judío y gentil, de Circuncisión y prencio, de bárbaro y escita, de siervo y libre, antes para la que Cristo es todo en todos". (Enc. "Maximum illud", Benedicto XV. 1-XII-1919). Y Pío XI, aludiendo a los mismos abusos por intromisiones políticas en tierra de misiones, en Carta Apostólica a los Ordinarios de China. "Ab ipsis pontificatus principiiis", escribe: "Si alguna vez las vicisitudes de la política humana parecen justificar esta opinión (de partidismo nacionalista de los misioneros) el solo nombre de la Iglesia Ca-

tólica, universal, basta para demostrar que la Iglesia se extiende a todos los pueblos de la tierra y que las diferencias de raza no existen para ella entre hombres que son todos hermanos, pues son hijos todos de un mismo Padre”.

Recientemente no ha sido posible a las autoridades italianas de Etiopía prohibir, según la tendencia marcada (“Le Temps”, 17-VII-38 P. Carizon. “Letres de Rome”) el matrimonio entre italianos y etíopes, gracias al Concordato de Letrán, en el que se reconoce exclusivamente el derecho matrimonial de la Iglesia Católica, la que desde la Roma de Justiniano, abolió las diferencias de raza en el derecho natural y positivo del Matrimonio.

Es que la doctrina de Cristo vino a salvar algo que el paganismo absorbía y que pretende nuevamente matar el nuevo estado pagano totalitario: la persona humana.

La persona está antes que la raza. El Estado no es un simple conglomerado de individuos, parcialidades ordenadas totalmente al todo estatal. El Estado se forma de familias y las familias, de personas. Y la persona humana es un micro cosmos, un pequeño todo, independiente, sujeto anterior de derechos y deberes que el mismo Estado y fin del Estado en cuanto éste existe única y precisamente para ayudar a la persona a conseguir mejor su Fin sustantivo, propio, irrenunciable, de orden divino.

Por eso el Papa resiste en la Encíclica “Divini Redemptoris” al comunismo, que “despoja al hombre de esa libertad (de caminar a su fin), principio espiritual de la conducta moral, y arrebatada a la persona humana toda su dignidad”; y resiste con igual entereza el totalitarismo que “desconoce que el hombre en cuanto persona, posee derechos que ha recibido de Dios y que deben permanecer, frente a la colectividad, fuera de todo lo que tiende a negarlos, abolirlos y despreciarlos”. (Mit brennender Sorge-Pío XI). El 10 de Diciembre decía el Card. Verdier: “El grande, el único servicio que puede prestarse al hombre es ayudarlo a hacer buen uso de su libertad... “para que los hombres vivan una vida digna de ellos, “según su naturaleza”, como escribía Atenágoras”... Es esa la Misión del Estado: no el del dueño de un criadero modelo. la preocupación prevalente de mejorar la raza y mantenerla pura, aun a trueque de violar la libertad, el don máspreciado entre los dones naturales, según enseña León XIII. No hay ninguna razón esencial, por otra parte, para levantar una raza sobre las otras, como si fuera una raza de super-hombres y hubiera razas humanas que merecieran el calificativo de infrahumanas. Toda la humanidad viene del mismo tronco común, Adán, que nos dió la vida y la muerte. Toda la Humanidad, en Cristo, nuevo Adán, de la creación nueva, ha sido regenerada por Su Sangre de único Mediador, Salvador y Jefe absoluto, que nos dió la Vida eterna. Todas las razas, diferencias accidentales, de clima y color, de cul-

tura y de lugar, llevan la misma sangre humana y están llamadas a incorporarse al Cuerpo de la Iglesia donde circula la misma Sangre divina.

No olvidemos, además, cristianos, que el pueblo judío, es el Antiguo Testamento, el pueblo escogido por la esperanza y condenado a la esperanza por la dureza de su cerviz; pero llamado certísimamente a volver al redil del que vino a salvar a las ovejas perdidas, dispersas, de la casa de Israel. El pueblo judío es el prólogo magnífico de la Palabra de Dios, cuya sangre cayó sobre ellos y sus hijos y los hijos de los hijos de los deicidas; pero que ha de redimirlos en unión con el nuevo pueblo de Dios para la Jerusalén inmortal!

No están más cerca de la Verdad los blasfemadores modernos que los del Pretorio...; ni es más pura la raza de los legionarios de Pilato, que la que dió luz a los ojos de María de Nazarett!

Carlos Hamilton D.

I M P O R T A A L O S

ABOGADOS

INDUSTRIALES

EMPLEADOS

OBREROS

C O N O C E R L A

Jurisprudencia de los Tribunales del Trabajo

QUE SE PUBLICA TODOS LOS MESES EN LA REVISTA

‘ ‘ A C C I O N S O C I A L ’ ’

PRECIO DEL NUMERO: \$ 2.—

Filosofía y Racismo

por Gustavo Fernández del Río

I.—Extraordinaria actualidad adquiere en nuestra época el problema racista. Diversas leyes y medidas adoptadas principalmente por los gobiernos de Alemania e Italia y, con anterioridad, por los Estados Unidos, muestran la penetración de las doctrinas racistas en el plano de la política social de los pueblos. En la formulación teórica de estas doctrinas, en la mayor parte de los casos, predomina el elemento mítico y afectivo tanto en el planteamiento como en el método para resolver estas cuestiones. Se adolece de una falta de objetividad y de auténtico espíritu científico. En el presente estudio trataremos de abordar el problema con seriedad. Sin embargo, debido a su novedad, compleja amplitud y al carácter de artículo de estas líneas, no se podrá entrar en una justificación detallada de los principios que intervienen. Cuando más, en algunos casos, se sugerirán las razones que nos han movido a afirmar las tesis aquí defendidas. Las personas que desconozcan o no acepten las doctrinas de filosofía tomista que aquí figuran, podrán consultar la breve bibliografía que insertamos al final. Lo que ahora presentamos al lector no es otra cosa que un bosquejo que insinúa el posible tributo que la filosofía puede aportar al problema racista. Además pedimos excusas por el carácter técnico y árido que necesariamente presenta este boceto.

Recordemos aquí que, debido a la limitación de nuestro entendimiento, es muy aceptable, desde el punto de vista del método, proceder en forma analítica, siempre que después se realice una síntesis comprensiva y jerárquica que nos dé una visión integral del problema. Los votos formulados por Alexis Carrel en su célebre obra "El hombre, una incógnita", no son otra cosa que el deseo ferviente de una Antropología, a la cual concurren con su aporte todas las ciencias que, de alguna manera, dicen relación con el hombre. Así pues, siendo el problema racista un problema humano, deben prestar su concurso la filosofía (especulativa y práctica), las ciencias particulares, la religión, etc.

II.—No nos parece, por razones que después se indicarán, que la filosofía pueda dar una definición "real-esencial" de la raza. Procederemos, en la clarificación de este concepto, por aproximaciones que delimiten su contenido. El uso, tanto vulgar como científico, del término raza, nos muestra que se emplea tan sólo dentro del ámbito de los seres materiales vivos: plantas, animales, hombres. En ellos se le da un carácter sub o infra-específico. Esto quiere decir que en el seno de la unidad específica se habla de una diversificación racial; por

ejemplo, nos referimos a las distintas razas de perros o de palomas, esto es, que los animales de que hablamos son todos perros o palomas, pero que entre ellos hay grupos que se diferencian entre sí. Esto nos indica la necesidad de tener en primer término un concepto claro y distinto de especie para después relacionarlo con el de raza.

III.—En la primera operación del entendimiento humano (simple aprehensión) captamos aspectos inteligibles de las cosas, es decir, las esencias, tomando este término en su sentido amplio. Algunas veces, en la segunda operación del espíritu (el juzgar) conocemos los primeros principios inteligibles de la cosa en sí (las esencias en sentido estricto de la palabra), pudiendo entonces deducir las otras propiedades (considerándolas en su verdadero contenido filosófico). En este caso es posible la aplicación del método deductivo. Generalmente, sin embargo, captamos “algunos” aspectos inteligibles que nos dejan en forma indeterminada y “lejana” la esencia. Otras veces logramos las esencias de las cosas como una X o incógnita que se nos revela por medio de elementos sensibles; en este caso, la inteligibilidad está empañada y debemos proceder inductivamente. Ahora preguntémonos ¿qué relación existe entre la esencia tomada en su sentido estricto (cualquiera que sea el modo como la captemos) y la especie? La especie, no es otra cosa que la misma esencia “en cuanto conocida”, circundada por los accidentes que le acompañan debido a su existencia intra-mental. La especie es un universal, es decir, algo que se realiza en muchos. La esencia al ser definida (por tanto en su carácter de especie) consta de género próximo y de diferencia específica última. Con esto se comprenderá que sólo en el caso de captar una esencia en su sentido propio y directo lograremos determinar su especie con toda perfección y definirla con definición real que consta de los elementos antedichos. De aquí surge una diferencia importantísima entre el concepto de especie usado en la sistemática botánica y zoológica, del usado en filosofía. En el primer caso tenemos un concepto producto de una construcción empírica, en que sus aspectos inteligibles son aprehendidos de un modo ciego, indirecto, por reducción y abatimiento al plano de lo sensible. Los juicios que entrelazan estos conceptos son a posteriori y el razonar aplicable a ellos es el inductivo. En el otro caso, el concepto es formado por aprehensión directa de sus aspectos inteligibles, los juicios formulados son a priori, el razonar deductivo. A estos dos tipos de conceptos, llamémoslos a los primeros “empíricos” y a los segundos “ontológicos”, siguiendo así la terminología y doctrina de Maritain. Las definiciones que les corresponden son de carácter descriptivo y real-esencial, respectivamente.

IV.—Para avanzar en nuestro camino recordaremos otra doctrina fundamentalísima. Si preguntamos a la filosofía perennis ¿cuáles son los principios constitutivos últimos de la

esencia de los cuerpos inanimados y animados? nos responderá: la **Materia primera** y la **Forma sustancial**, tesis que recibe el nombre de hilemorfismo. Su fundamentación se encuentra en el hecho universalísimo que constata nuestra experiencia interna y externa, el doble aspecto íntimamente entrelazado, de dinamismo e inercia, de unificación y de dispersión, de acción y de reacción. Este maridaje estrecho de tendencias contrarias es revelador de principios distintos, que uniéndose constituyen los cuerpos (materia segunda). Otro dato indicador de esta dualidad de principios en orden a la esencia es el hecho de los cambios sustanciales que, por lo menos, filosóficamente se pueden demostrar en la mutación de lo vivo a lo no-vivo y vice-versa. Este cambio requiere un sujeto en el cual se realiza, si no habría que admitir aniquilaciones y creaciones sucesivas. La materia primera es el elemento puramente indeterminado, determinable, pura potencia pasiva en el orden esencial, sustrato del devenir sustancial. La forma es el elemento determinante que ubica y precisa a un ser en el orden específico, principio unitario y dinámico. Es el acto esencial y por tanto su perfección. La esencia en sentido estricto (agregándosele si son requeridos ciertos elementos) y en orden a la existencia se denomina sustancia, definiéndola como aquello que existe por sí mismo (per se) y en sí mismo (in se), entendiéndose no en el sentido de no necesitar causa para existir, si no en el de estar perfectamente armada y hecha para recibir la existencia. El accidente, por el contrario, es aquello que existe en otro por inherencia. La sustancia, fuera del aspecto de soporte y de estabilidad que da al ser con respecto a las mutaciones accidentales y que no hay que entenderlo en un plano imaginativo, encierra el concepto de unidad dinámica que se explyea y se refleja en los accidentes. Los accidentes emanan tanto de la materia como de la forma (imposible de la materia sola) o de la pura forma en el caso de que no sea exclusivamente informante si no además subsistente, como acontece con el alma humana, forma sustancial del cuerpo. Sin embargo algunos provienen más de uno u otro de los principios constitutivos, así la cantidad dice relación más íntima con la materia y la cualidad con la forma. El entender y el querer son operaciones, en cuanto tales, de la pura forma sustancial humana.

V.—En los seres materiales orgánicos e inorgánicos cuya esencia es hilemórfica existe la posibilidad, y de hecho se realiza, de la pluralidad de individuos de una misma especie. ¿Qué es lo que hace posible esa multiplicidad individual en el seno de la unidad específica? No cabe duda que la materia primera, ya que ella es principio de divisibilidad. Claro está que de suyo no podrá ser el principio de individuación, pero lo será la **materia signada por la cantidad** que hace que lo que esté aquí no esté allá. Ya dijimos que el accidente

cuantitativo, proviniendo de la materia y de la forma, dice relación más estrecha e íntima con el primero de estos principios.

VI.—Con las doctrinas de Filosofía de la Naturaleza y de Ontología que hemos expuesto sumariamente, podemos afrontar el problema racista en la especie humana.

Afirmamos, en primer lugar, que en el caso del hombre podemos captar su esencia específica por verdaderas propiedades (en el sentido filosófico del término), dando de su especie una auténtica definición real-esencial. De la especie humana tenemos un concepto ontológico que nos permite aplicar correcta y válidamente el método deductivo. El hombre es un animal racional, esta definición consta de su género próximo y de su diferencia específica última. Aquí por tanto no se trata de la especie en el sentido que la emplea la sistemática botánica y zoológica en la cual las propiedades son conocidas indirectamente por reducción a caracteres sensibles que, cuando más, dan una certeza física, haciendo posible las confusiones entre especies y razas. En la aprehensión de la especie humana logramos certeza metafísica. Una sana Psicología Racional nos enseña que el hombre consta de alma y de cuerpo, siendo la primera forma sustancial del segundo. Que el alma humana no es sólo forma informante sino además forma subsistente, ya que realiza operaciones en las que ella sola interviene, tales como el pensamiento y las voliciones. Aplicando el axioma que el obrar sigue al ser y que este es un reflejo y una manifestación de aquel, podemos acentuar las verdades antedichas.

VII.—Con las proposiciones que hemos afirmado hasta aquí y que tienen una extensa y sólida fundamentación empírico-racional, podemos acentuar el siguiente juicio que establece **la unidad y la igualdad esencial-específica de todos los hombres; la diferencia, de este mismo orden, de cualquier hombre con cualquier animal, aun de la especie más elevada.** En contraposición a esto transcribiremos una proposición racista: “Las razas humanas, por sus caracteres naturales e inmutables, son de tal manera diferentes que la más humilde entre ellas está más lejos de la más elevada que de la especie animal más alta”. (1.º de las tesis enviadas para su estudio y refutación por la Sagrada Congregación Romana de Seminarios y Universidades).

VIII.—Continuemos ahora con una mayor determinación del concepto de raza. Recordemos lo que sobre este punto hemos dicho hasta aquí: El concepto de raza es tan sólo aplicable a los seres materiales vivos. Es un concepto sub o infra específico. Ahora preguntémonos ¿qué es lo que hace posible la diversidad de razas dentro de una especie? No hay duda que lo que hace esto posible es la materia primera, pero el fundamento directo de la raza no puede provenir de ella sola,

como en el caso del principio de individuación. Sin embargo, por la razón anterior, deberá buscarse en los accidentes que digan mayor e íntima relación con la materia prima. Esta verdad nos sugiere otro punto importantísimo que servirá para una auténtica valoración de elementos que existan en el seno de la especie. Si la unidad específica nos muestra la igualdad de los hombres, la dualidad de principios en su esencia nos manifiesta la posibilidad de las diferencias, diferencias que por lo demás siempre serán accidentales. ¿De qué escala nos serviremos para valorizar (en el orden puramente natural) esas diferencias? Ya indicamos que la forma es el acto esencial y por tanto la perfección, ya que toda cosa es perfecta en cuanto está en acto. De aquí que todo aquello que esté en un contacto o una participación más intensa de la forma será más perfecto. En el caso del hombre, aquellas operaciones y hábitos que provienen exclusivamente de su forma sustancial tendrán la primacía, después aquellos accidentes que la reflejen más pura y directamente y por último los que digan un engarce más estrecho con la materia primera, como es la raza. Esto no quiere decir que despreciamos el elemento racial, ya que como hemos afirmado metafísicamente es imposible un accidente que diga exclusiva relación a la materia primera, además hemos sostenido la unión sustancial del alma con el cuerpo y por tanto el íntimo y profundo contacto de ambos que hace posible la reciprocidad de relaciones. Aun agregaremos que en las operaciones puramente intelectuales y volitivas hay una influencia indirecta pero muy real del cuerpo. Todo esto justifica una preocupación por la raza, pero sin elevarla a una altura que destruye toda auténtica jerarquía de valores que tiene por consecuencia males desastrosos. Impunemente no se atenta en contra de las leyes que tienen su raigambre en las profundidades del ser.

A continuación transcribiremos otras tesis racistas cuya refutación — en su aspecto filosófico — está sugerida en los antecedentes que hemos acumulado:

“Es necesario por todos los medios conservar y cultivar el vigor de la raza y la pureza de la sangre; todo lo que conduzca a este resultado es, por lo mismo, honesto y permitido”.

“De la sangre, sede de las características de la raza, derivan todas las cualidades intelectuales y morales del hombre como de su fuente principal”.

“El orden esencial de la educación es desenvolver los caracteres de la raza e inflamar los espíritus de un amor ardiente a su propia raza como del bien supremo”.

IX.—Además la filosofía podrá hacer otras indicaciones sobre el problema racial.

Hemos visto que la forma, siendo el acto en orden a la esencia, es de suyo inteligible, ya que cada ser es inteligible en cuanto está en acto. Por tanto la forma de suyo es luz in-

teligible, pero se irá entenebreciendo a medida que se mezcle y se subordine a la materia primera que de suyo es pura potencia pasiva. De aquí se sigue que aquellos accidentes que estén en más estrecho contacto con la materia primera, como son los principios de la raza, tengan escasa inteligibilidad. Por tanto el concepto de raza en general, como principal y especialísimamente los principios constitutivos de una raza en particular, no se logren captar directa y exautivamente en sus aspectos ontológicos. Esto nos indica que el estudio primario y directo de las razas en especial corresponda a las ciencias particulares (ciencias empiro-esquemática: biología, sociografía, etc.) que trabajan con conceptos empíricos y método inductivo.

Otro antecedente que nos muestra a posteriori la escasa inteligibilidad de los constitutivos de la raza es el hecho del aspecto mítico, y de turvia e incontrolada sensibilidad tanto de los expositores como de los pueblos que se entregan a las tendencias racistas. Así esos ambientes son preparados y a su vez engendran filosofías irracionalistas, religiones que adoran las fuerzas misteriosas de la naturaleza; mitologías nebulosas, activismos desprovistos de sentido inteligente, etc.

X.—Con estas líneas pondremos término a este artículo, deseando que incite a un serio estudio del tomismo, filosofía de recia, firme y amplia contextura objetiva, que puede dar extraordinarias luces en los problemas que la humanidad vaya encontrando en su senda. Este artículo no es otra cosa que un ensayo rápido que indica la posibilidad de aplicación de dicha filosofía a esta cuestión de enorme actualidad e importancia.

Bibliografía:

- Iniciación a la Filosofía de Santo Tomás. — J. Peillaube.
 " Introducción Général a la Philosophie.—J. Maritain.
 Les Degrés du Savoir. — J. Maritain.
 La Philosophie de la Nature. — J. Maritain.
 Science et Sagesse. — J. Maritain.
 Para una Filosofía de la Persona Humana. — J. Maritain.
 La Structure Métaphisique du Concret selon Saint Thomas d' Aquin.—A. Forest.

Gustavo Fernández del Río

Israel, Pueblo de Dios

por Manuel Atria

1.—El judío es un pueblo extraño. Ha pasado por el mundo; pero como separado del mundo. Ha dicho en el tiempo su palabra de eternidad; y su palabra permanece mientras el tiempo pasa. Hay algo así como una especie de solución de continuidad, de separación catastrófica, entre el pueblo judío y los demás pueblos; entre el pueblo de la Revelación y los pueblos de la Razón puramente humana. Discutir el tema de los judíos — el tema de los enlaces del judaísmo de la historia universal — es algo que sobrepasa las fuerzas y las capacidades naturales del hombre. Sólo una caridad sincera, un temor reverente y una humildad profunda puede conducirnos hacia la verdad luminosa que en él se encierra. Porque su problema no es un problema propiamente humano, un problema que pueda medirse y resolverse con las miserables medidas con que se miden y resuelven los demás problemas de los hombres. Habrá siempre demasiada luz trascendental en las cosas de los judíos; y es sabido que en la demasiada luz se hacen más espesas las tinieblas de la sabiduría humana. De hecho existe una sabiduría revelada; pero de derecho sólo en nuestra mísera sabiduría de la abstracción — en cierto sentido, en nuestra sabiduría negativa — campeamos como en heredad propia. El tema del pueblo judío se relaciona íntimamente con la sabiduría revelada, y es con la luz de esta sabiduría con la que debe plantearse y resolverse. Por eso la actitud más sabia que el pensador pudiera tomar delante de este tema es la de un introvertido silencio, de un silencio metafísico; pero reluciente de fe, esperanza y caridad.

Nosotros queremos ahora romper este silencio. Y es porque los enemigos del espíritu — enemigos por lo tanto del nombre judío — lo han roto antes con armas de odio y de mentira. Nunca, como ahora, — en nombre de falsos nacionalismos y de racismos pervertidos — se han acumulado tantas calumnias y tantas persecuciones sobre la raza hebrea. Parece que todo lo que se refiere a la nación y a la raza, se conjurara contra una nación y una raza a la que ni el nombre, y mucho menos la existencia, de nación y raza se permite. El pueblo judío vive ahora, como siempre, bajo la amenaza de los demás pueblos, su destino es un destino trágico; para él el mundo no es sólo un desierto y un destierro, un lugar de peregrinación, un “valle de lágrimas”; es una

cárcel de látigo y odio, un largo camino de persecuciones. Vive el pueblo judío su tremenda hora del destino, la hora en que el demonio sale por el mundo como un "león rugiente". Y nunca, como ahora, nosotros, los que en nombre del Judío ejemplar, de Cristo Nuestro Señor, queremos decir una palabra de aliento y esperanza a la humanidad dolorida, debemos decírsela precisamente al pueblo judío, al pueblo de los dolores infinitos.

2.—"Todos sabemos — dice J. Maritain — que para conocer a Dios y las cosas de Dios, Dios ha dado al hombre la razón y la fe, dos medios, el uno natural, el otro sobrenatural, el uno común a todos los hombres, el otro reservado a aquellos que Dios quiere hacer suyos por su gracia; el uno que nos hace conocer al Creador por sus criaturas, el otro que nos introduce en el secreto del conocimiento que Dios tiene de Sí mismo" (1). Nosotros sabemos también que el pueblo judío, más que los otros pueblos, es una cosa de Dios, elegido por Dios para que en él se realizaran los más enormes y sobrehumanos misterios de la historia de la humanidad, para que en él la humanidad recibiera un sello divino. Por eso la importancia y trascendencia del tema judío atañe a la historia universal tanto en relación al tiempo como en relación al espacio; pero a una historia humana que sepa tomar en cuenta los datos de la historia divina. No es la sabiduría humana, es la sabiduría revelada, la sabiduría de la fe, la que puede adentrarnos e iluminarnos en el problema del pueblo hebreo. Y sin la solución del problema del pueblo hebreo, el problema de los demás pueblos se hace insoluble. Hay pueblos que pueden ignorar la historia de los judíos, pero en las secretas raíces de su propia historia, en aquello que como un agua viva se desliza subterráneamente debajo de las raíces de su propia historia, la historia de los judíos susurra sus secretos. Hay tiempos que también pueden ignorar esta historia; pero en aquello de que el tiempo mismo se alimenta, la historia de los judíos permanece. El pueblo judío vive en el universo político de las naciones; pero como desligado de este universo; en el tiempo en que las naciones se suceden; pero como desligado de este tiempo. Todo pasa, todo se transforma; pero el judío está siempre allí, permanece en su realidad intangible. La presencia histórica del pueblo de Israel es un misterio profundo. Hay una página de un judío moderno — León Feuchtwanger — en que nos habla de las olas que vienen de distintas partes del mundo; de cómo estas olas se juntan en Palestina, la tierra santa, y de cómo el judío emerge siempre de ellas, intemporal, igual a sí mismo.

Es que el judío es el pueblo elegido por Dios, antes, ahora y siempre, elegido por Dios desde la eternidad. Deposi-

(1) J. Maritain: *La Filosofía bergsoniana*.

tario de verdades sobrehumanas, ningún pueblo está tan cerca de Dios, tanto cuando lo ama como cuando lo odia. Cuando el judío ama a Dios se recuesta sobre su pecho, como el Apóstol San Juan; cuando el judío odia a Dios lo crucifica. Siempre está allí, a su sombra, en su cercanía trascendental. La sabiduría humana nos enseña que todas las cosas y en especial las cosas de los hombres están cerca de Dios, porque están en Dios, porque la Providencia divina se ejerce sobre todas ellas, porque Dios es la causa eficiente y final de todas las cosas. Pero es la sabiduría de la fe la que nos enseña el modo especial de cercanía de los judíos a Dios. No es sólo la cercanía de las cosas creadas, es una cercanía de dilección, don gratuito del Amor increado. Desde la eternidad la naturaleza humana de un judío fué elegida para sustentarse en la Persona divina del Verbo encarnado. En el pueblo judío se ha producido de hecho la unión más íntima entre la humanidad y la Divinidad, la unión en una sola persona. En un judío Dios se hizo visible y pasible; todos los sufrimientos, todas las tristezas, todas las miserias, todas las alegrías y todas las glorias del hombre, se perfeccionaron en el Hombre-Dios, hijo del hombre en el tiempo, según la carne, e hijo de Dios por generación eterna. Cuando Dios sufre como un judío sufre; y por un judío, como Lázaro, Dios ha vertido lágrimas.

Quizás ahora, desde el deicidio, el pueblo judío — no éste judío ni aquel, sino el pueblo judío — odie a Dios con un odio que no es otra cosa que un amor invertido que resulta del no reconocimiento de la Divinidad en el Dios hecho hombre. Pecado inconmensurable, semejante al de los ángeles malditos. Pero aún en este odio el judío está cerca de Dios. Nosotros los cristianos, sucesores de los judíos en la dilección divina, estamos cerca de Dios por cuanto formamos el Cuerpo Místico de Cristo; pero los judíos están cerca de Dios, por cuanto el cuerpo y el alma real de Cristo es el cuerpo de un judío; y cuando honramos el cuerpo glorioso de Cristo resucitado honramos el cuerpo glorioso de un judío resucitado. Nuestra locura, escándalo de los judíos y de los paganos, es esa: adorar a un judío muerto ignominiosamente en la cruz.

Por eso cuando se ofende a un judío, se ofende en cierta manera a Dios mismo; cuando se persigue a un judío, se persigue a una criatura dilecta de Dios. Si ninguna persecución, si ningún odio de razas o de pueblos, puede arrogarse el nombre cristiano, el antisemitismo es como una especie de prolongación del deicidio; y hacerlo en nombre de Cristo es un sacrilegio que atribuye a Dios los odios y las bajezas de los hombres. No es que en ciertas condiciones históricas no puedan explicarse — si no justificarse — las persecuciones violentas; pero estas no son exigidas por el nombre de Cristo,

sino por las contingencias temporales de conservación política y social de estados que pertenecen ya definitivamente al pasado. En las circunstancias actuales ninguna causa explica, y mucho menos justifica, ningún tipo de persecución. Los errores que una civilización de inspiración cristiana pudo cometer no autoriza su repetición. Ha llegado ya a tal punto la cristalización de los principios cristianos que no es posible confundir en ellos atavismos raciales, y que no es posible tampoco aceptar la contaminación de tales principios con odios perversos. Ninguna política vitalmente cristiana puede ahora, en esta hora del mundo ni en los horas venideras, predicar ni practicar el antisemitismo. Podemos afirmar que todo antisemitismo es esencialmente anti-cristiano; podrá ser pagano, germano, romano o lo que se quiera, pero cristiano no.

Tampoco ninguna política o directiva de cualquier índole, vitalmente cristiana, puede ignorar la primogenitura de Israel. No es la sabiduría humana la que nos habla de esta primogenitura; es la sabiduría que no se hereda ni con la carne ni con la sangre, sabiduría de la fe que es un don gratuito del cielo. Esta sabiduría nos enseña a amar al judío en cuanto hermano y a respetarle en cuanto mayor. La fraternidad de las razas y naciones en Cristo exige la comprensión de este misterio. Quizás el judío mismo lo ignore; quizás no comprenda su situación privilegiada, aún cuando la sienta y la viva profundamente; pero nosotros que, si no la sentimos en la carne, debemos comprenderla intelectualmente no podemos menos que reverenciar en la judía a la raza de Dios encarnado. Y debemos esperar también confiadamente el cumplimiento de las profecías, el retorno de los judíos a Cristo, su incorporación en el Cuerpo místico, sabiendo que hay más alegría entre los ángeles por cada judío que se convierta que por cien cristianos que perseveran.

3.—Para comprender la posición del judío en el cosmos sería necesario conocer profundamente la filosofía de la historia o la historiosofía según la palabra grata a Berdiaeff. Pero la historiosofía es, en su realidad íntima, privilegio de los ángeles. Para nosotros, los hombres, la historia es una realidad inacabada, una realidad que se está haciendo, que crece hacia el futuro, imprevisible y necesariamente. Sólo la conjetura nos es dada en este terreno, y generalmente estas conjeturas fallan. Cuando dirigimos la mirada hacia el pasado histórico los acontecimientos aparecen tan encadenados unos con otros que se diría que necesariamente, dados unos, debían producirse los siguientes. Y sin embargo, cuando miramos hacia el futuro ¡qué densa oscuridad nos niebla la vista! El futuro es una inmensa red de posibilidades infi-

nitias, y es imposible determinar cuáles de ellas llegarán a la existencia. Por una parte aparece la historia como guiada por una lógica o una dialéctica infalible; por otra como una amalgama de acontecimientos imprevisibles. Cómo armonizar esta dialéctica interna de la historia con ésta su primordial contingencia, he aquí el problema capital de la historiosofía. ¿Es solamente nuestro modo conceptual de pensar lo que hace la dialéctica histórica? ¿Es sólo nuestra incapacidad de conocer la totalidad de las circunstancias la que hace su contingencia? ¿O dialéctica y contingencia son realidades objetivas? El problema es un problema difícil, y para resolverlo se necesita más espacio del que aquí disponemos. Queremos solamente esbozar los principios de la solución, a nuestro modo de ver, justificada, en cuanto estos principios dicen relación con el tema que aquí principalmente nos preocupa.

La historia es el pasar de las cosas en el tiempo. La medida física del tiempo la hacemos nosotros precisamente por este pasar de las cosas, y de esta manera el concepto de tiempo se nos aparece íntimamente vinculado al concepto de espacio ya que los acontecimientos en el espacio se suceden. Imaginamos el tiempo con la imagen especial de una línea recta cuyo principio y fin se hunden en el misterio. La historia podría ser considerada entonces como una medida del tiempo, pero el tiempo posee una medida ontológica propia y es el movimiento primordial del universo. Es el devenir, el paso de la potencia al acto, lo que constituye la realidad del movimiento. La numeración de esta realidad según lo anterior y lo posterior es el tiempo. El tiempo presupone en consecuencia lo precedero y lo nuevo, la muerte y el nacimiento, pero es más bien la muerte lo que le da su tonalidad típica. La historia aparece entonces como la enumeración de cosas acaecidas, de cosas muertas. La eternidad no tiene historia. Y sin embargo, "lo que nosotros llamamos tiempo, para nuestro proceso histórico universal, en nuestro mundo real que es, en verdad, un proceso en el tiempo, es algo así como un período interno de la Eternidad, una época que transcurre en su seno" (1). A primera vista para nosotros la Eternidad es el tiempo indefinido, pero si analizamos el problema más profundamente vemos que por muy indefinido que sea el tiempo, nunca dejará de ser tiempo. La eternidad dice relación al ser en acto, el Acto Puro es la medida de la eternidad. El tiempo dice relación al ser en potencia; el Movimiento es su medida propia. Hay mayor densidad ontológica en la eternidad que en el tiempo. El tiempo es, en cierto sentido, a la eternidad, como el no ser al ser. Y por eso la historia, el pasar de las cosas en el tiempo, es una realidad inacabada. Todo proceso histórico presupone el paso

(1) N. Berdiaeff: El sentido de la historia.

de la potencia al acto, la actuación de mil posibilidades diversas. En el tiempo el acto existe sólo en el presente. El pasado queda en la memoria pero como pasado; el futuro inmenso y misterioso está sólo en potencia. Cualquier acontecimiento que se cumple es como una eternización momentánea de cosas perecederas. Y es así como la historia — todo momento histórico — pretende siempre eternizarse. La historia no tendría realidad sin el tiempo, pero no tendría sentido sin la eternidad.

En relación al tiempo la historia se desarrolla en virtud de principios primordiales de las cosas creadas. La composición real de esencia y existencia es el fundamento que explica la necesidad y la contingencia de estas cosas. La existencia es la última perfección actual de la naturaleza específica de las cosas. La esencia de por sí ni universal ni individual, y que es universal en la inteligencia que conoce, se realiza individualmente en la existencia. Pero la existencia no es exigida de por sí por la ciencia; es un acto libre de la causa eficiente. Se comprende entonces la contingencia de las cosas a pesar de la necesidad de las esencias. La historia de las cosas, en cuanto expresión temporal de la contingencia existencial, no está necesariamente determinada, pero su desarrollo se limita en razón de la esencia necesaria. Es la naturaleza de las cosas, o sea, la esencia en cuanto principio de acción este primer determinante de la historia. La causa eficiente, es decir, aquel principio que llama a la existencia a una esencia intrínsecamente posible, es el factor constitutivo, desde este punto de vista, de lo histórico. El desarrollo histórico aparece así como determinado por lo anterior, como dialécticamente necesario.

Pero la historia adquiere un sentido más profundo con la irrupción del hombre en el Universo. La esencia del hombre es la de un animal racional y esta racionalidad exige la indeterminación de la voluntad respecto a cualquier bien que no sea el Bien supremo, a cualquier bien creado que siempre es relativamente un mal por cuanto no es el Bien increado. El acto libre, imprevisible aún para los mismos ángeles y visto por Dios desde la eternidad, pero no ordenado, hace así su aparición en la historia. El hombre es como un horizonte entre dos mundos, participa de los espíritus y de las cosas materiales. El alma del hombre es una substancia completa, subsistente con independencia de la materia informada, pero está unida substancialmente a esta materia. La libertad humana es la coronación de esta excelsitud del hombre; y desde el punto de vista de lo histórico, el segundo factor constitutivo de ella. La causa final, es decir, aquel principio que determina a la causa eficiente a obrar, adquiere aquí su importancia primordial. Y considerada cronológicamente la historia aparece determinada por lo posterior,

por lo que vendrá; el futuro es ahora el determinante real de lo histórico, así como, desde el punto de vista de la naturaleza lo era el pasado. Y el presente va dibujando algo, así como el horizonte, como la línea divisoria entre la naturaleza y la libertad.

4.—Hasta aquí hemos considerado la historia en relación al tiempo: Considerémosla ahora en relación a la eternidad. La existencia de este determinante histórico que relaciona el tiempo con la eternidad, que hace del tiempo como una etapa de la eternidad, ha sido reconocido desde las más remotas edades y ha tomado mil nombres diversos. Vulgarmente se le denomina el destino; cristianamente, la Providencia divina. Pero el concepto de destino es el de una voluntad ciega de la que no se libran ni los dioses; mientras que el concepto de la Providencia es el de una voluntad inteligente que todo lo encamina a la mayor gloria de sí misma. No es de extrañar que para aquellos que no conocen el verdadero Dios se les haya aparecido esta directiva suprema de la historia como formalmente no lo es. Para nosotros en cambio, y para todo hombre que llega al conocimiento natural de Dios, se le aparece únicamente como la expresión real del “Dios lo quiere”. “La Divina Providencia no es una imposición, sino que una conjunción antimónica de la voluntad Divina con la libertad humana” (1). La Providencia supone la unión del tiempo en la eternidad, la realización temporal de un acontecimiento que se ve en un presente intemporal. Desde el punto de vista del tiempo quizás la dialéctica histórica presuponga la superación del plano de naturaleza por el plano de libertad, o por el contrario, el hundimiento del hombre en este, o el predominio alternativo de uno u otro proceso. Pero desde el punto de vista de la eternidad, la dialéctica histórica exige únicamente el cumplimiento de la Divina Providencia. Y he aquí como puede explicarse la historia, sus progresos y sus retrocesos, y su pasar indefinido hacia una desconocida realización.

5.—La sabiduría humana podía decirnos todas estas cosas, pero sólo la sabiduría revelada nos daría luz sobre ellas. La sabiduría revelada nos dice como, por el pecado de Adán, el hombre se hundió en la materia segunda, como el hombre tuvo una naturaleza caída, y cómo solo por un acto de misericordia divina podía superar el plano de la naturaleza para retornar al plano de la libertad. De hecho el hombre tiene una naturaleza caída y redimida. Esta redención se realizó por una nueva unión de la eternidad con el tiempo, por la encarnación de la segunda Persona Divina. El desarrollo histórico adquiere así un sentido preciso: caída del hombre, redención del hombre y consumación de los siglos. El punto central de la historia — no cronológicamente cen-

(1) N. Berdiaeff. Obra citada.

tral, sino ontológicamente central, — es la muerte ignominiosa de Cristo en la cruz. Hacia allí converge toda la historia antigua, desde allí se desarrolla toda la nueva historia. La historia antigua de todos los pueblos es la preparación de esta muerte. La nueva historia es la recolección de los frutos de esta muerte. Con ella el hombre penetra resueltamente en el plano de la libertad y hay algo así como un equilibrio ontológico en la existencia humana. Hay también un equilibrio ontológico en la historia universal, un sustentamiento del tiempo en la eternidad, de lo humano en lo divino, de la materia en el espíritu.

El primer filósofo de la historia nos dice que “dos amores elevaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el menosprecio de Dios, la ciudad terrena; y el amor de Dios hasta el menosprecio de sí mismo, la ciudad celestial” (1). La primera ciudad es el resultado del predominio del plano de la naturaleza en la historia; la segunda del predominio del plano de la libertad, porque “la sumisión a la verdad sobrenatural es la plena libertad del espíritu” (2). El plano de la naturaleza presupone todos los elementos materiales por medio de los cuales la esencia del hombre se individualiza. Las razas, pueblos, etc. pertenecen históricamente al plano de la naturaleza. El plano de la libertad, en cambio, se sustenta en el espíritu, y es en este plano donde adquiere su verdadero sentido la igualdad de origen y destino de las razas y pueblos. Pero de hecho el hombre está sobrenaturalizado, y la vida superior del hombre debe alimentarse con los dones del Espíritu Santo. La historia universal en consecuencia está íntimamente influenciada por los requerimientos y los resultados de la gracia en el corazón del hombre. Difícil es apreciar, para nosotros que estamos incluidos en el tiempo, la importancia histórica de la caridad que se anida en el espíritu de un santo. Pero podemos asegurar que tiene más peso en el pasar de las cosas una oración sincera que una guerra cruenta. El hombre ignora siempre los caminos de Dios y por eso ignora siempre sus propios caminos. Cree hacer la historia con independencia de la voluntad divina, y sólo consigue que la historia se haga con independencia de su propia voluntad. “Seréis como dioses”, dijo el enemigo al hombre; y al querer el hombre ser como Dios, dejó de ser parte de Dios. Y este retorno del hombre a Dios, históricamente sólo fué posible porque la Divinidad quiso ser hombre. Y es así como la sabiduría revelada nos enseña la verdadera importancia del pueblo judío, su situación especial en la historia universal: el pueblo judío es el pueblo de elección.

(1) San Agustín: La ciudad de Dios.

(2) Maritain: “Antimoderne”.

6.—Para el mundo moderno es imposible concebir un pueblo de elección; pero puede concebir un pueblo maldito. Es que la razón humana abandonada a sus propias fuerzas sólo alcanza a descubrir la igualdad natural de los pueblos; en cambio su desigualdad sobrenatural, la primogenitura del pueblo de Israel es una enseñanza de la Revelación divina. Pero como esta primogenitura, de hecho ha marcado al pueblo judío, el mundo moderno no vé en esta marca el sello de una predilección sino que el sello de una maldición. No puede el hombre independizarse totalmente del hecho histórico y por eso, acaso sin saberlo falsea este hecho y lo invierte. El judío aparece entonces como la raza que no sabe mezclarse con otras razas, como la raza eternamente hostil que permanece incólume a través del tiempo.

Y es que la predilección divina tenía que traer graves consecuencias. En primer lugar el judío no podía ser el hombre de la razón puramente humana. Si aceptamos a Filón, y a los filósofos judíos comentadores de Aristóteles en la Edad Media, y a Spinoza, y a Marx y a otros pocos, la razón humana no ha producido nada en el pueblo judío. Y aún en ellos se ven las marcas de la predilección, y en especial la esperanza mesiánica. aún cuando el Mesías soñado no sea el Mesías verdadero. La verdad revelada es la verdad propiamente judía. Es en los Libros Santos donde descubrimos su verdadera grandeza, los libros escritos por Dios en los que el hombre es sólo causa instrumental. Desde el punto de vista de la historiosofía, que, como ya hemos visto, no puede independizarse del dato revelado, el judío aparece como el hombre de las profecías, es decir, como el historiador del futuro: “El historiador es un profeta al revés”, dice Ortega y Gasset. Más bien podría decirse que el profeta es un historiador de lo que todavía no ha acaecido. La profecía es un enlace de la eternidad con el tiempo, una abertura del tiempo hacia la eternidad, un conocimiento actual del futuro de por sí imprevisible visto en la ciencia siempre presente de Dios. Toda profecía se inicia en la frase ritual: “Esto dice el Señor”, porque no es el profeta el que habla, es Dios mismo el que habla por boca del profeta. La profecía sería inexplicable sin el orden sobrenatural, si Dios no estuviera en comunicación actual con el hombre, si el factor de la Providencia interviniera sólo a través de las causas segundas. Formalmente el profeta es sólo causa instrumental; la profecía es siempre la palabra misma de Dios. Por eso el judío, pueblo de la Revelación, es también el pueblo de las profecías.

Para él la verdad revelada, la sabiduría sobrenatural, es la única sabiduría posible. Está como desligado de los modos humanos de actuar y de pensar. Cuando un judío sostiene el arca de Dios, muere inmediatamente. Difícil situación es ésta de estar en el mundo, separado del mundo, sin

los apoyos y las fuerzas ontológicas de la materia; estos mismos apoyos y estas mismas fuerzas que ayudan a los pueblos que son propiamente del mundo. Toda la vida y la actividad de la raza hebrea está íntimamente vinculada a Dios. Toda su historia es una preparación o una realización del misterio siempre presente de la Redención del hombre. Por eso el judío no sabe vivir en la tierra, y cuando se separa de Dios aparece como un ser maldito, como un pueblo en destierro eterno. Porque el judío que es de Dios puede libremente negar a Dios, separarse de Dios, sin dejar de ser de Dios. Pero no puede, como los demás pueblos, buscar su consuelo en las cosas de la tierra. No sabe adaptarse a las cosas de la tierra. metafísicamente es imposible que sepa adaptarse a las cosas de la tierra. Un judío, Trotsky, debía ser el profeta de la Revolución permanente.

7.—Hay que considerar que la elección divina no mata a la naturaleza humana, que persiste siempre la igualdad esencial del judío a los demás hombres, que el judío está en el mundo y comparte con sus hermanos las cosas del mundo, que la naturaleza del judío es también una naturaleza caída y redimida. Los judíos no fueron salvados por la elección divina, serán salvados por la Redención de Cristo. El hecho de ser elegidos no les asegura la salvación. Siempre debe admitirse la posibilidad de su pérdida. Si es inmenso el prestigio que significa la primogenitura, mayores son las responsabilidades que esta primogenitura trae. Y si ésto no lo comprendieron los demás pueblos, tampoco lo comprendió el propio pueblo judío. Los demás pueblos odiaron y odian al judío por un vago sentimiento de inferioridad, inferioridad cuyas raíces ontológicas se hunden en el misterio. Los judíos desprecian a los demás pueblos por un vago sentimiento de superioridad, superioridad que nunca han concebido adecuadamente. En el judío mismo se ha producido como una especie de materialización de la elección divina que les hace pensar que dominarán al mundo no según las necesidades del espíritu, sino según las necesidades imperiosas de la carne. Por eso no han sabido adaptarse ni al mundo ni a Dios.

Para todos los hombres, el mundo es difícil de vivir. Hay en él la triple participación del demonio, del hombre y de Dios. El mundo es el jardín de las concupiscencias. Concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida, he aquí la ley de este mundo. "Mi reino no es de este mundo", dijo la Verdad increada. Y es que este mundo se compone de verdad y mentira, de bien y mal, de ser y no ser. Y el hombre, este horizonte entre el cielo y la tierra, oscila siempre entre verdad y mentira, bien y mal, ser y no ser. El término propio de las cosas creadas no es la felicidad, es la muerte. Así también pasa el hombre en este

mundo. Todas las cosas del hombre mueren. "En cuanto a la muerte corporal, es decir, la separación del alma y del cuerpo, — en el momento de ocurrir a los moribundos, como se les llama, — no es buena para nadie" (1), dice San Agustín. Y este mundo, reino de la muerte corporal, que no es bueno para nadie, menos podría ser bueno para los judíos. Mejor que nadie el judío podía comprender la extrema miseria de este mundo, ya que mejor que nadie él podía sospechar la extrema belleza del otro. Para él, el tiempo mismo es un mal, ya que todo tiempo, indica una separación entre el nombre y el cumplimiento de las profecías. El cumplimiento de las profecías se le aparecía a él como una destrucción del tiempo, como un incrustamiento de la eternidad en el mundo. Y si consideramos aún la extrema violencia de los ataques del mundo, del demonio y de la carne contra el pueblo elegido, nos explicaremos fácilmente que toda la historia de Israel haya sido la historia de una esperanza, la historia de la esperanza mesiánica.

8.—"La misión de la Judea — dice Ernesto Hello — es evidente como el sol. Ella debía guardar el depósito, anunciar y figurar al Mesías. ¡Qué actitud extraña la del pueblo judío en el mundo antiguo! Mientras que por todas partes los dioses se mezclaban, queda generalmente fiel al Dios único que ha hablado a Abraham y a Moisés sobre la montaña. La línea que separa en la antigüedad el pueblo judío de todos los pueblos es tan marcada, que se asemeja a la espada ardiente de un ángel guardián que combate: el pueblo escogido va al exilio: permanece en el exilio lo que era en su tierra; es siempre el pueblo escogido en medio de los idólatras; a pesar de sus caídas frecuentes, a pesar del becerro de oro, y a pesar de su debilidad, y a pesar de su dureza, guarda su carácter, y, contrariamente a las costumbres de todo el mundo antiguo, sale intacto de las moradas de sus dueños; no pierde nada de sí mismo viviendo en medio de ellos: al contrario, les da, y hace, en cierta medida, la conquista de sus vencedores" (2). He aquí cómo la esperanza mesiánica mantenía a un pueblo en su incorruptibilidad fundamental. No es que la esperanza mesiánica haya sido un privilegio exclusivo de este pueblo; no es que en este pueblo se precisaba y tomaba una forma adecuada, en cierto sentido. Todos los pueblos de la antigüedad soñaban, más o menos vagamente con su salvación, pero todos daban a esta salvación una forma excesivamente terrena. Ya Virgilio nos habla de la "nueva progenie" que dominará el mundo. Pero sólo los judíos, que conocían al Dios verdadero, sabían que la esperanza mesiánica se realizaría con la

(1) San Agustín: La ciudad de Dios.

(2) Ernest Hello: Les plateaux de la balance.

encarnación del Dios verdadero, con el nacimiento del Dios verdadero, del seno de una virgen, en Belén Efrata.

Pero la verdad, especialmente la verdad revelada, es dura para los oídos de carne. Si los judíos sabían del nacimiento no podían comprender la muerte del Dios verdadero. Tampoco podían comprender su vida. Dios mismo por boca de los profetas, les había revelado el misterio, pero el misterio era demasiado sublime para la razón humana. Como todos los hombres querían comprender la verdad con la carne y no con el espíritu. A este respecto la posición del judío en el mundo es eminentemente trágica: porque posee la verdad revelada, no sabe adaptarse al mundo; y porque es del mundo y ve esta verdad revelada desde el mundo, no sabe adaptarse a Dios. La cercanía del pueblo judío a Dios le hace ver más inmenso, más insondable el abismo de la Divinidad. Delante de las realidades trascendentales el hombre siente siempre una sensación de vértigo; pero el judío la siente en mayor intensidad. Para el judío Dios será siempre Gahoc, el Dios fuerte, el Dios terrible, el Dios de los castigos horrendos; y la tierra será siempre el lugar de la peregrinación, el destierro, el valle de lágrimas. La tragedia profunda del judío, — y en cierto sentido, la tragedia también del cristiano, — es la tragedia del inadaptado, del hombre que nunca encuentra su lugar ni su tiempo. Hay siempre demasiada participación de no ser en las cosas creadas, y adelante del abismo del no ser el espíritu humano se turba y se estremece. Hay siempre demasiada participación de ser en la cercanía de Dios, y delante de la montaña del ser aparece más ínfima la pequeñez del hombre. Y bien podría Dios decir del judío por boca de Isaías: “El buey reconoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce, y mi pueblo no entiende mi voz” (1).

Para el hombre la voz de Dios se deja oír comúnmente a través de las cosas creadas. Es en la creación, en las cosas perecederas, donde se escucha una voz de eternidad “como un ruido de muchas aguas”. Siempre la voz de Dios aparece como encondida, como un origen, o un fin, o un sostén, de la voz de las cosas. Sólo excepcionalmente Dios habla directamente al hombre. La voz directa de Dios, como su voz indirecta, toma mil formas diversas; pero su forma propia es la del conocimiento místico, del amor de caridad, del matrimonio espiritual. El místico está unido a Dios con la unión más íntima que puede haber en la tierra; es la propia pendiente de su corazón la que le conduce, no a las cosas creadas, al bien relativo, sino a Dios mismo, al Absoluto Bien. Pero la unión mística no se produce en un día claro del alma, sino en las tinieblas de una noche luminosa. Y en estas tinieblas el hombre comprende la nada de las cosas creadas

(1) Isaías, Cap. 1, vers. 3.

y la nada de su propio corazón. Allí la sensación del abismo se hace más honda, y es sólo la claridad del Ser la que mantiene la fortaleza del alma. Para el judío, en cambio, la comunicación con Dios se hace comúnmente en forma directa. El judío apenas sabe leer en las cosas el mensaje divino. Si Dios no le habla directamente el judío no puede determinar, en su soledad, su actitud delante del mundo, el sentido de su acción. La acción es la consecuencia y la manifestación del ser, nos dice la filosofía tomista. Nos dice también que todo lo que es movido es movido por un otro. Y es por eso que el judío, dada su situación existencial, dada su cercanía de Dios, sólo puede, en cierto sentido, ser movido por Dios mismo. Cuando quiere obrar solitario hace precisamente aquello que le perjudica. Para castigar a los amalecitas que le han robado sus mujeres y sus hijos, David consulta a Dios y sólo después de la respuesta afirmativa de Dios, procede a la persecución. No le basta la enormidad del delito cometido para determinar su acción, necesita el "visto bueno" de la Divinidad.

9.—Si analizamos ahora el problema histórico judío, a la luz de las nociones que anteceden, debemos considerar, entre otras cosas, dos aspectos principales íntimamente relacionados entre sí: el primero se refiere al modo de apreciar del pueblo judío, y de valorizar, el tema del reino de Dios; el segundo, al resultado histórico que tal modo de apreciar debía traer a la venida del Mesías, en otras palabras el segundo tema se refiere a la incomprensión del Mesías por el pueblo judío. En cuanto al tema del reino de Dios, podemos constatar desde un principio que toda la humanidad, consciente o inconscientemente, ha tendido hacia la realización de este reino en forma más o menos impura. Aún aquellos "espíritus fuertes" que no creen en Dios o que se creen independientes de Dios sueñan con la realización de una humanidad mejor que no es otra cosa que una forma pervertida del reino de Dios en la tierra, una especie de reino de Dios en el que el Dios verdadero esté ausente. Todo ideal que para el hombre sea grande es un nombre con que se disfrazaba a Dios. El que no usemos la palabra Dios no significa que no pensemos, sin quererlo, en Dios, y que no atribuyamos a cosas perecederas características de cosas eternas.

Pero para los que creen en Dios, y en especial para los que están cerca de Dios, el problema del reino de Dios, que no puede plantearse ni resolverse sin Dios, es extremadamente difícil. Para unos este reino debe realizarse en la tierra totalmente, la que dejará de ser un lugar de peregrinación para convertirse en una especie de paraíso re-encontrado. Esta posición incluye un pecado contra el Verbo, una materialización de las cosas celestiales. Presupone una

materia divinizada, medios materiales divinizados. Desconoce la integridad esencial del Universo. El reino de Dios sería entonces un reino terreno, con enemigos terrenos en que habría hombres que pertenecerían a Dios y hombres que pertenecerían al demonio. La extirpación de los enemigos, la guerra "santa", sería el único recurso de conquista... Para otros la naturaleza humana está de tal modo pervertida que el reino de Dios nada tiene que ver con las cosas terrenas. El hombre sólo debería esperar la muerte y para no desesperarse debería dominar a la materia con la materia. Es un pecado contra el Espíritu Santo, un desconocimiento también de la integridad esencial del universo. La tierra tampoco es un lugar de peregrinación, es sólo una prolongación del infierno. Toda actitud práctica, toda acción humana no puede tener valor alguno para el reino de Dios... Por último una tercera posición supone la ambivalencia del mundo, el considerar al mundo como un lugar de peregrinación. El mundo no es propiamente el reino de Dios; pero es una antesala del reino de Dios. El reino de Dios se vive aquí en la tierra en esperanzas; pero no en una esperanza negativa que consiste en desesperar del mundo, sino en una esperanza positiva que consiste en disputarle al demonio el reinado del mundo. El misterio de la iniquidad se gesta en este mundo. "Su advenimiento tendrá lugar por la potencia de Satán". Pero el misterio de la Encarnación es ya una realidad eterna para nosotros, y era, para los judíos una realidad profetizada. "Mi reino no es de este mundo", dijo Cristo, pero la Iglesia celebra, el último Domingo de Octubre, la festividad de Cristo-Rey. Y esta festividad se refiere a algo realmente positivo; a la Realeza trascendental de Cristo.

10.—La posición del judío respecto al problema del reino de Dios es la posición típica del inadaptado a la tierra y a Dios. Para ellos la tierra está maldita, esencialmente maldita, separada fundamentalmente de Dios. No puede haber ninguna relación trascendental de la tierra con Dios. Sólo Dios puede relacionarse con la tierra violentando el orden mismo de la naturaleza. Pero, por otra parte, el reino de Dios debe producirse totalmente en la tierra, eternizando en cierto sentido el tiempo. Y para esto Dios ha puesto al pueblo judío en la tierra sin que este pueblo pertenezca a la tierra. El pacto de la Alianza entre Dios y Abraham no significa para ellos una libre elección divina, sino una separación, un desligamiento total de las cosas terrenas. La circuncisión es la marca cruenta de esta separación. Ser circuncidado es ser apartado del mundo, es dejar de pertenecer al mundo. La posición del judío es, en consecuencia, una oposición al Verbo y al Espíritu Santo. El reino de Dios

será de este mundo: pero se realizará con elementos judíos que, en cierto sentido, no son de este mundo. El misterio de la iniquidad no puede referirse al pueblo judío; y el misterio de la encarnación no puede referirse a los demás pueblos. Así la primogenitura de Israel no tiene significado. Israel no viene a ser el pueblo primogénito sino el pueblo unigénito de Dios. Los demás son la obra del demonio. Para ellos la palabra de San Agustín: “cuando tú crees odiar a tu enemigo, lo más a menudo es a tu hermano a quien odias, y lo ignoras”, carecerán siempre de sentido. Ven en los demás pueblos, no una enemistad accidental, sino una enemistad esencial. El reino de Dios es el triunfo del pueblo judío, no el triunfo de Dios sobre el mundo.

Debo advertir que cuando hablo del pueblo judío no me refiero a la religión de este pueblo que se mantenía pura en medio de los errores de los demás pueblos, sino al modo cómo éste pueblo apreciaba los problemas religiosos, y en general, todos los problemas humanos; modo que está íntimamente influido por elementos sentimentales, por elementos de la vida afectiva y de la vida sensitiva del hombre. En los libros santos el tema del reino de Dios está resuelto, implícitamente al menos, con espíritu de verdad. “Unánimes en sus esperanzas. — dice Grandmaison, — los pensadores, los fieles, los videntes entusiastas no se contentaban con reunir, comparar y comentar los rasgos esparcidos en los libros inspirados, sino que añadían otros, sugeridos por tradiciones posteriores, infiltraciones sospechosas o fabricadas por imaginaciones calenturientas. Así iban formando cuadros más o menos coherentes, coloreados por las angustias y las necesidades de cada generación y recargados con los rasgos que formaban el patrimonio de cada escuela” (1). La verdad es siempre la verdad: pero ¡cuán distinta aparece según el hombre que la contemple. El hombre no puede ver sin sus ojos de carne, y se necesita una gran capacidad de abstracción o un gran don de Dios para que la verdad no se contamine. El pueblo judío existencialmente vivía en ese mundo oriental donde como dice Hegel, “el gobierno del mundo es teocracia, el soberano también es Sumo Sacerdote o Dios, la constitución del Estado y la legislación son a la vez religión, así como los preceptos religiosos y morales, o mejor sus prácticas, son igualmente leyes del estado y del derecho” (2). No es de extrañar entonces que mezclados a elementos de verdad apareciera en la concepción judía, o mejor dicho, en el sentimiento judío del reino de Dios, elementos puramente humanos que dicen relación con la apreciación oriental del universo. Por eso para ellos el reino de Dios es

(1) L. de Grandmaison: “Jesucristo”.

(2) J. F. Hegel: “Filosofía del derecho”.

“el triunfo de la justicia, el gran juicio donde cada uno será puesto en su lugar y tratado según sus méritos”; pero por intermedio de Israel vencedor, “servido por las naciones durante un lapso de cuarenta, de cuatrocientos, de mil años” (1).

11.—La letra mata, el espíritu vivifica. Y es la letra, el formulismo, el rito, todo aquello que podríamos denominar fariseísmo, lo que para el pueblo judío, tiene la principal importancia. Sabe que los libros son revelados, y entonces no alcanza a distinguir el símbolo de la verdad, el elemento humano, de que se viste lo divino, del elemento propiamente divino. Y por último no sabe distinguir tampoco el libro verdaderamente revelado del que no lo es. Siente la importancia de la palabra y tiene la seguridad de que ni una “iota” será cambiada; pero la palabra es, para él, una cosa muerta, estatuída, petrificada definitivamente. Y a ésta cosa muerta quiere conformar su actitud delante del mundo, y lo que es más grave quiere que a ella se conforme la acción de Dios. “El que se entrega al estudio de la Torah por sí misma, — dice Rabbi Meiz hacia el año 135. — es digno de todo bien. Aún más, el mundo entero y su plenitud no vale más que él”. Dios mismo quedaba así limitado por la Torah. Y lo quedaba también la esperanza mesiánica. El tema del reino de Dios estaba íntimamente ligado a esta esperanza. El triunfo del pueblo de Israel sería un triunfo colectivo de todo el pueblo y en especial un triunfo del elegido por Dios dentro de este pueblo. El misterio de la encarnación se invierte en cierto sentido. El Mesías no sería el Hijo de Dios encarnado, “irealizado” digámoslo así; sería más bien un judío divinizado. Hacia el Mesías se dirigen todas las miradas del pueblo; pero la imagen del Mesías es vaga, indefinida, tiene mucho de hijo de David, y muy poco de Hijo de Dios. El Mesías debe continuar o renovar los triunfos de Judas Macabeo o de Juan Kircano; debe ser un vencedor, un rey triunfante, con corona de oro y no con corona de espinas. Es en vano que los profetas y en especial Isaías les hablen de un Mesías paciente y humilde; es en vano que se les hable de sus sufrimientos y que se detallen las características de su agonía y de su muerte. Todo eso no puede ser nada más que alegoría o símbolo, y en esto sí que no conviene profundizar la palabra de Dios. Es el gran esperado y el gran deseado; pero no quieren que esta esperanza y este deseo se conformen a El, sino que El se conforme a esta esperanza y a este deseo.

Y el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. He aquí el gran episodio de la historia humana. Los judíos no lo comprendieron, porque prefirieron su propio pensamiento a la Verdad. ¿Qué es la Verdad? le preguntó Pilato

(1) L. Grandmaison: Obra citada.

a Jesús, y Jesús permaneció en silencio. Pero a aquellos que habían seguido sus caminos y a aquellos que habían escuchado sus palabras se los había dicho en innumerables ocasiones: "Yo soy la Verdad. El que a mí me sigue no anda en tinieblas". Los judíos no quisieron seguirle, y entonces fueron arrojados a las tinieblas de la dispersión, a las terribles tinieblas de los odios de todos los pueblos, de las persecuciones, de los desprecios. Pero aún les queda la esperanza, y sabemos que retornarán al rebaño de Cristo, y que entonces habrá inmenso júbilo en los cielos. "Jesús ha nacido: el mundo no podrá trabajar más en la formación de su cuerpo en el mismo sentido que antes; pero trabajará todavía en la formación del cuerpo místico de Cristo, que es la Jerusalén eterna" (1). Y en esta tarea inmensa los judíos también tendrán su participación, tal como antes la tuvieron en la formación del cuerpo de carne del Señor.

(1) E. Hello: Obra citada.

Manuel Atria

Puerto Montt, 9 de Agosto de 1938.

"EL DIARIO ILUSTRADO"

Las mejores informaciones del país y del extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor

en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas

Exija a los suplementeros **"EL DIARIO ILUSTRADO"**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

Muerte y Resurrección de Israel

por Jaime Eyzaguirre

Toda la vida de Israel emerge de la unidad divina, se funde en las esencias de la eternidad. Ningún otro pueblo de la tierra puede decir como él que su historia es la historia misma de Dios. Sus movimientos, sus actitudes se realizan en un tan íntimo contacto con la vida de la Divinidad que con razón ha de advertirse en ellas un huir de las fluctuaciones y contingencias del tiempo, para clavarse de manera perpetua en la inmutabilidad de Dios. Y así como para Dios todo se resuelve y acontece en un solo acto, para Israel su historia se confunde con el continuo presente divino. Su símbolo e imagen acabada es el profeta, ese hombre que es nudo atador en un presente interminable de la edad ya ida con la esperanza del futuro. Sus movimientos serán al servicio de Dios o sus obras contra Dios, pero nunca puede rehuír Israel estar **con** Dios. Su mismo nombre le viene de la fuerza para afrontar al Eterno. Cuando Jacob lucha hasta el amanecer contra el Angel del Señor, éste le dice: "No ha de ser ya tu nombre Jacob, sino Israel; porque si con Dios te has mostrado fuerte ¿cuánto más prevalecerás contra los hombres?" (Gen. XXXII, 28). He aquí el misterio del pueblo judío, duro de cerviz y resistente a los designios de Dios, que no hallará paz, como Jacob su Padre, hasta que exclame con éste el término del combate: "He visto a Dios cara a cara y mi vida ha quedado en salvo".

El Pueblo Sacerdotal

La vocación de Israel parece haber nacido con el mundo. Hay ya en los hijos de Noé toda una predestinación, todo un señalamiento de rutas de acentuada diversidad. En Canaán el hijo de Cam, se ensañará la maldición del Patriarca, que hasta hoy pesa sobre sus descendientes africanos: "esclavo será de los esclavos de sus hermanos". Sem, el antecesor de los judíos, recibirá en cambio, una bendición especial; le será a él confiada la guarda de la revelación divina, la conservación de la verdad religiosa: "Bendito sea el Señor Dios de Sem". A Jafet, padre de los arios, le es a su vez prometida la expansión universal, el dominio sobre

la faz de la tierra; pero el conocimiento del verdadero Dios lo irá él a encontrar a la casa de Sem: "Dilate Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem" (Gen. IX, 24-27).

En el transcurso del tiempo la profecía de Noé va adquiriendo contornos de mayor precisión. Ha de ser en la persona de Abraham, uno de los descendientes de Sem, en quien Dios acentuará la promesa de segregar para sí, de reservar para su servicio la cimiento que de él nazca. "Estableceré, le dice el Señor a Abraham, mi pacto entre mí y entre tí y tu posteridad después de tí en la serie de sus generaciones, con alianza sempiterna, para ser el Dios tuyo y de la posteridad tuyá después de tí" (Gen. XVII, 7). Y en otra oportunidad le agrega: "En un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gen. XXII, 18). El camino del futuro ya está trazado: el Señor ha ungido a toda una generación y la ha predestinado para engendrar en su seno al Mesías, que ha de manifestarse y someter bajo su cetro a todos los demás habitantes del orbe. Por eso el mismo Dios; para señalar la importancia de la promesa hecha al Patriarca de Ur, cambia a éste su nombre de Abram que significa "padre excelso", en Abraham que quiere decir "Padre de muchos pueblos" (Gen. XVII, 5).

No se funda la dilección de Dios por la raza de Abraham en los particulares méritos de ésta, sino en un escoger gratuito de su voluntad. "Sólo conocí a vosotros — dice el Altísimo — de todos los linajes de la tierra" (Amós. III, 2). Entre los sucesores del Patriarca no es a Ismael ni a Esaú a quienes el Señor escoge por herederos de la promesa, sino a Isaac y a Jacob, para indicar bien claramente que la filiación sacerdotal, que la elección por El practicada no se subordina a los dictados de la carne, a los humanos derechos de primogenitura, sino que arranca de su sola y absoluta voluntad. Y porque no son obras ni virtudes las que fundan la promesa, sino el querer libre de Dios, éste exige una adhesión incondicional, una confianza ciega en su palabra: "Creyó Abraham y reputósele por justicia" (Gen. XV, 6) (1).

(1) "Dios justifica por la fe como canal de la gracia. La inmutabilidad de la fe aparece sobre todo en la justificación del Padre de los creyentes: "Creyó Abraham y reputósele por justicia"... No dice que la fe sea el equivalente de la justicia, porque entonces esta imputación sería de derecho, siendo que es, según él, un acto gratuito (Rom. IV, 16)... Dios no reconoce la equivalencia entre la fe y la justicia pero la acepta por gracia; su misericordia llena el déficit. Sin embargo, como sus dones no son ilusorios, la justicia imputada por él al hombre llega a ser en verdad cosa y propiedad del hombre"... (F. Prat: "La théologie de Saint Paul", vol. II, Págs. 296-297).

Israel ha de ser un pueblo de servidores del Altísimo, una nación sacerdotal, una grey de santos: "Puesto que soy el Señor Dios vuestro, sed santos vosotros, pues que yo soy santo" (Lev. XI, 44). Para sostener en su camino a este peregrino de eternidad, para señalarle la ruta que ha de desembocar en la salud del Mesías, le ha sido dada la Ley. Ella no sustituye a la promesa, ni puede en manera alguna superarla. Es tan sólo una brújula en la larga noche de espera. Sus mandamientos son los hitos que van diseñando la senda, que van preservando de las caídas y emboscadas del enemigo. La Ley es tan sólo un medio, es algo negativo; pero el pueblo israelita, que busca concreciones humanas y carnales de los designios de Dios, la eleva al rango de fin y olvida su filiación de gracia y la justificación de Abraham por la fe, para imaginarse santo y puro por la virtud de la sangre. En él comienza a incubarse un deseo de dominio temporal, una ambición de superación política sobre todas las naciones de la tierra. Quiere también como ellas tener un caudillo, un jefe, un rey y olvida que está llamado a más altos designios, que el triunfo que el Señor quiere de ellos es de índole trascendente y no sensual, que, en fin, Dios lo ha reservado para sí, lo ha destinado para erigir en él su trono de justicia y de paz. Cuando Gedeón vuelve victorioso de la lucha contra Madián, los israelitas quieren proclamarle como rey; pero él, que había penetrado en el destino suprahumano de su pueblo, contestó: "No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo; sino que el Señor será quién domine sobre nosotros" (Jueces VIII, 23). Pero las estructuras terrenales siguen atrayendo y sugestionando al pueblo. "Constitúyenos un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones", le dice al anciano juez Samuel. Y cuando éste comunica con pesadumbre al Señor los deseos de Israel, escucha de Dios estas hondas palabras que involucran la revelación de todo un inmenso plan que el orgullo humano pretendía frustrar: "Escucha la voz del pueblo y condesciende a todo lo que te pide porque no te han desechado a tí, sino a mí para que no reine sobre ellos" (I Sam. 5 y 7). Tendrán monarcas los judíos, conforme a sus deseos "de ser como todas las naciones", pero también la voluntad de Dios se cumplirá: el Cristo, el Mesías prometido, retoñará de la simiente real; a él dará el Señor "el trono de David su Padre y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin" (Luc. I, 32).

Sin fuerza para soportar la tiranía de pueblos dominadores, anhelante de gozar de una libertad que vengara la opresión sufrida y enceguecido por la ambición de humano poder y las ansias de hegemonía política, Israel suspiraba por el Mesías vencedor y se alimentaba con las promesas de triun-

fo derramadas por sus profetas. Es verdad que junto a las predicaciones de la victoria del Mesías, aparecían también claramente consignadas las de sus dolores y su muerte. Pero estas últimas debían quedar oscurecidas y olvidadas frente a las primeras. De manera casi insensible había llegado Israel en su mente carnal a invertir el orden de las cosas y a transformarse, de instrumento del plan de Dios, en monopolizador de las gracias divinas para el logro de sus ambiciosas miras terrenales. De ahí que la presencia de un Mesías pacífico, perdonador, sufriente y humillado, tan sólo debiera producirle escándalo y repulsión.

De nada importó que en Jesús se cumplieran las señales mesiánicas consignadas por los profetas: el nacimiento en Belén: “Y tú ¡oh Belén Efrata! tú eres pequeña respecto de las principales de Judá: de tí me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas, V, 2); la milagrosa concepción en el seno de una virgen: “Una virgen concebirá y parirá un hijo y su nombre será Emanuel” (Isaías VII, 14); el origen de la familia de David: “Y saldrá un renuevo del tronco de José (Padre de David) y de su raíz se elevará una flor” (Isaías XI, 1); el advenimiento en la época de terminación de la regencia judáica: “El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado y éste será la esperanza de las naciones” (Gen. XLIX, 9); el haberse cumplido el plazo fijado desde la reedificación del Templo de Jerusalén después del retorno del cautiverio de Babilonia: “Desde que saldrá la orden que sea reedificado Jerusalén, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas y setenta y dos semanas y será nuevamente edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia” (Dan IX, 25). Todas estas señales, que lograron ser intuídas en virtud de la gracia de Dios por los corazones puros y sencillos se escaparon a las mentes rebosantes de soberbia. En su ceguera llegaron a suponer desmentida la misión providencial de Jesús con el hecho de su oprobiosa muerte sin imaginar que esos mismos dolores y humillaciones pasarían a constituir la prueba más irrefutable de su carácter mesiánico y del cumplimiento en él de todas las profecías. Porque Isaías había dicho del Cristo: “Será despreciado y el deshecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer; y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él... nosotros le reputamos como un leproso y como un hombre herido de Dios y humillado... conducido será a la muerte como va la oveja al matadero y guardará silencio sin abrir siquiera su boca, como el corderito que está mudo delante del que le esquila. Después de la opresión y condena fué levantado en

alto...” (Isaías, LIII, 3-10). David había puesto, por su parte, en labios del divino ajusticiado estas palabras: “Todos los que me miran, hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza, diciendo: En el Señor esperaba; qué le liberte; sálvate ya que tanto le ama...” “Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica” (Salmo XXI, 8 y 19). “Presentáronme hiel para alimento mío y en medio de mi sed me dieron a beber vnaigre” (Salmo LXVIII, 22). Y Daniel (IX, 26-27), en fin, había predicho claramente el tiempo de su muerte y la destrucción posterior de Jerusalén: “Después de las setenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo, el cual le negará. Y un pueblo con un caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin será la devastación; y acabada la guerra quedará establecida la desolación”.

Pero Israel, que tuvo la misión de esperar al Mesías, que tuvo el privilegio de conocer por revelación divina todas las señales de su advenimiento, se halló frente a él y le desconoció. En vano clama el Deseado, “porque yo vine al mundo y no hubo nadie, llamé y no hubo quién escuchase” (Isaías L, 2). Y al ser desoído por los suyos se dirige entonces El a la gentilidad para comunicarle su salud: “hánme hallado aquellos que no me buscaron” (Isaías LXV, 1). Pueblo sacerdotal, ungido por el Altísimo para servir la esperanza del Redentor, nación de santos en la que había de reinar Dios, reniega Israel de su sagrada investidura y de su destino trascendente, para abrazarse a la corrupta contingencia terrenal. Sobre su dura cerviz se descargará la ira del Rey desechado, hasta que sea llegada la hora en que también se posará sobre ella la dulce mirada de eterna misericordia. Como el Patriarca Jacob, ha de dormirse Israel sobre la piedra por él desechada y que para los gentiles llegó a ser piedra angular, hasta el día del despertar alborozado en que pueda exclamar como aquel: “Verdaderamente que el Señor habita en este lugar y yo no lo sabía... verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo” (Gen. XXVIII, 16-17).

Israel entre las Naciones

Hay en los libros santos una figura trágica que en su arrastrar doloroso parece llevar prendida la faz angustiada y el quebrado destino de Israel. Sobre la conciencia de ese hombre Caín, se dobla el peso agotador de la sangre inocente y emerge el fantasma sombrío de la injusticia que clama. Quiere librarse de su atroz tormento y entonces huye, huye sin rumbo, con locura y desesperación de salirse de sí mismo. Quiere fundirse entre los demás, perderse en la turba multa que le desconoce. Pero también allí siente los agudos pincha-

zos del aguijón y ve venir a cada instante el castigo, la represalia, la muerte. La sentencia del Señor le zumba en el oído día y noche: "La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí... errante y fugitivo vivirás sobre la tierra". Y Caín en las contorsiones de su prolongada agonía interior, gime aterrado: "He aquí que tú hoy me arrojas de esta tierra y yo iré a esconderme de tu presencia y andaré errante y fugitivo por el mundo; por tanto, cualquiera que me hallare me matará". Pero el Señor no quiere el aniquilamiento de Caín, por el contrario, su perduración ha de servir de testimonio viviente del crimen cometido. Por eso responde al fratricida: "No será así; antes bien, cualquiera que matare a Caín lo pagará con las setenas. Y puso el Señor en Caín una señal para que ninguno que le encontrase le matase" (Gen. IV, 10-15).

Como nuevo Caín, Israel, que lleva las manos manchadas con la sangre del justo, es empujado también fuera de su tierra y esparcido por el mundo. Pero, a igual que el primero, no se mezclará ni confundirá entre las naciones, sino que se mantendrá incontaminado como un testigo perenne de la voluntad de Dios.

La predicción de Daniel de que después de la muerte del Mesías un pueblo extranjero vendría a poner sitio y destruir la ciudad y el Santuario de Jerusalén, debía cumplirse a la letra y con los horribles detalles que muchos siglos antes señalara también el legislador Moisés: "Desde un país remoto, del cabo del mundo, hará venir el Señor contra tí con la rapidez que vuela el águila, impetuosamente, una nación cuya lengua no podrás entender; gente sumamente procaz, que no tendrá respeto al anciano ni compasión al niño; y que devorará las crías de tus ganados y las frutas de tus cosechas, de suerte que perezcas; pues no te dejará trigo ni vino, ni aceite, ni manadas de vacas, ni rebaños de ovejas; hasta que te destruya y aniquile enteramente en todas tus ciudades y queden arruinadas en toda tu tierra esos altos y fuertes muros en que ponías tu confianza. Quedarás sitiado dentro de tus ciudades en todo el país que te dará el Señor tuyo, y llegarás a comer el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que te hubiere dado el Señor Dios, por la estrechura y desolación a que te reducirá tu enemigo" (Deut. XVIII, 49-53).

Había llegado para la nación israelita la hora trágica que anunciara Dios por boca de sus profetas: "No tendrá compasión de sus hijos, porque son hijos de fornicación. Puesto que la madre de ellos es una adúltera, ha quedado destruída la que los parió... Por esto yo me portaré de otro modo... y haré cesar todos sus regocijos, sus solemnidades, sus neomenias, sus sábados y todos sus días festivos... Porque

los hijos de Israel mucho tiempo estarán sin Rey, sin caudillo, sin sacrificios y sin altar, sin ephod y sin terafines” (Oseas II, 4, 5, 9 y 11; III, 4). “Convertiré en llanto vuestras fiestas y en lamentos todos nuestros cantares... (a Israel) la pondré de duelo, cual suele ponerse la que ha perdido un hijo único y haré que su fin sea un día de amargura” (Amós VII, 10). “El Señor ha derramado sobre nosotros el espíritu de letargo, cerrará nuestros ojos, pondrá un velo a los profetas y príncipes que tienen visiones. Y las visiones de todos éstos serán para nosotros como palabras de un libro sellado, que cuando lo dieren a uno que sabe leer y le digan: Léelo, responderá: No puedo porque está sellado” (Isaías XXIX, 10-11).

Así dejado de la mano de Dios, el pueblo de Israel debía ser diseminado entre las naciones gentiles, donde viviría en continuo sobresalto y angustia, cumpliéndose de esta manera todas las profecías hechas sobre su enorme castigo: “El Señor, había dicho ya Moisés, te desparramará por todos los pueblos desde un cabo del mundo al otro; y allí servirás a dioses ajenos que ni tú ni tus padres conocísteis, de palo y de piedra. Aún allí entre aquellas gentes no lograrás descanso, ni podrás asentar el pie; porque el Señor te dará allí un corazón espantadizo y ojos desfallecidos y un alma consumida de tristeza. Y estará tu vida como pendiente delante de tí, temerás de día y de noche, no confiarás de tu vida. Por la mañana dirás: ¿Quién me diera llegar a la tarde? Y por la tarde: ¿Quién me diera llegar a mañana? Tan aterrado y despavorido estará vuestro corazón y tan horribles serán las cosas que sucederán a vuestros ojos” (Deut. XXVIII, 64-67). “Quedarán todos trastornados, desde un mar al otro y desde el Norte al Oriente. Discurrirán de una parte a otra deseosos de oír una palabra del Señor y no la conseguirán” (Amós VIII, 12). “Los dispersé por todos los reinos desconocidos de ellos y quedó su país asolado, sin haber persona alguna que transitase por él. De esta manera convirtieron en un páramo lo que era tierra de delicias” (Zac. VII, 14).

Pero, aunque oprimido y humillado por doquier, el nuevo Caín ha de conservarse intacto entre los pueblos por la expresa voluntad de Dios: “Por orden mía será agitada en medio de todas las naciones la casa de Israel como se zarandeia el trigo en un harnero y no caerá por tierra un solo grano” (Amós IX, 9). Y mientras los reinos que la vejan y esclavizan se desmoronan sin dejar rastro y desaparece hasta el nombre de los pueblos que la oprimen, la nación judía, aunque llagada y dolorida, aunque ciega y empecinada en su error, subsiste de manera prodigiosa y en todas partes opera como un germen activador, preñado de inquietud y agitación. Alejada de su línea providencial de pueblo de Dios, se

entregará al mesianismo del mundo. Su deseo nunca cumplido de liberación y su sueño continuado de dominio temporal, la hace ser a la vez sacerdote del dinero y profeta de la revolución. "Israel, ha dicho con razón Maritain, se dedica en el orden de la historia temporal y de sus propias finalidades a una obra de **activación terrestre** de la masa del mundo. Está allí, él que no es del mundo, en lo más profundo de la membratura del mundo, para irritarlo, exasperarlo, **moverlo**. Como un cuerpo extraño, como un fermento activo introducido en la masa, no deja al mundo en reposo; le impide dormir, le enseña a mostrarse descontento e inquieto en tanto que carece de Dios" (1). Y es que Israel no ha dicho toda su historia, no ha cumplido toda su misión. Es un sacerdote caído, pero no para siempre; una raíz santa, cuya savia no está agotada. Dió de espaldas a Dios para en vano ensayar la exaltación de un mesianismo carnal. Ha de dejar un día las cadenas del mundo, que mucha sangre y lágrimas le han costado, para remontar en la historia la corriente de eternidad de la que nunca debió salir.

El retorno de Sión

Extraño entrelazamiento el de los destinos de Israel y de la Iglesia. Mientras la ley y la Sinagoga debían preparar la venida del Mesías y cesaron con el advenimiento de éste en su objetivo de existencia y en la razón de su eficacia, la Iglesia toma sobre sí la tarea de conservar, en la espera del retorno del Señor, el tesoro de su divina palabra para repartirla a todos los hombres de buena voluntad. Pero en este período de la siembra, los judíos no permanecen inactivos. "Su caída ha venido a ser salud para los gentiles a fin de que les excite la emulación" (Rom. XI, 11). Si su estructura religiosa ha quedado abolida y sin efecto, el pueblo hebreo, en cuanto tal, no ha sido privado del derecho de gozar algún día de la eterna salud que por su ceguera y endurecimiento pasó a los gentiles. Israel no ha perdido su primogenitura, ni la gentilidad, por su parte, está libre de ser infiel a las gracias recibidas. Y así, mientras "del lado de los cristianos, la Iglesia sigue su vocación divina y no es el Cristianismo, sino la cristiandad, el mundo cristiano, el que ha errado **en lo temporal**, sin querer escuchar la palabra de la Iglesia que, al dirigir a los hombres hacia la vida eterna, les pide que hagan avanzar la vida terrestre en el sentido del Evangelio; del lado de los judíos, es Israel como Iglesia, es el judaísmo, el que ha errado **en lo espiritual**" (1).

(1) Jacques Maritain: "L'impossible antisemitisme". (En "Le Juifs". Colección: "Présences", París, Plan, 1937).

Y que el pueblo judío no ha sido repudiado en definitiva por Dios, sino tan sólo apartado por un tiempo, lo prueba con claridad la Escritura. Conforme a las leyes de Moisés, si un hombre tomaba a una mujer y después de cohabitar con ella la despedía y le daba una escritura o libelo de repudio, podía ésta tomar nuevo marido; pero si también era repudiada por éste no podía el primero volverla a recibir por mujer suya, “pues quedó amancillada y hecha abominable delante del Señor” (Deut. XXIV, 1). Al prostituirse con los intereses de la tierra, Israel, la esposa del Señor, fué expulsada del tá-lamo, pero siempre el Divino esposo conservó el derecho de volverla a llamar. Así, por boca de Jeremías le habla: “Comúnmente se dice: “Si un marido repudia a su mujer y ella separada de éste toma otro marido ¿acaso volverá jamás a recibirla? ¿no quedará la tal mujer inmunda y contaminada? Tú, es cierto, que has pecado con muchos amantes: esto, no obstante, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré” (Jerem. III, 1). Y repite por boca de Oseas a la misma infiel: “Tendrás que esperar muchos días: entre tanto no cometerás adulterio, ni tendrás trato con ningún hombre; y yo también te aguardaré a tí” (Oseas III, 3). La misericordia del Señor, lejos está de haberse agotado para con Israel.

Imaginarse a la Iglesia como un monopolio de los pueblos gentiles, como un privilegio del que les está para siempre vedado participar a los hijos de Israel, nos parece, por otra parte, muy lejos del espíritu y de la letra de la Escritura. Encontramos en tal actitud una alarmante afinidad con la postura de desdén asumida por este último pueblo frente a las naciones paganas. En ambos casos ha habido una tendencia a convertir la vocación de la gracia, que tan sólo se justifica por la fe, en un privilegio nacido de la sangre. Si el orgullo judaico descansó precisamente en ser la nación hebrea escogida de Dios para conservar la pureza del monoteísmo y la esperanza del Redentor, el orgullo de nosotros los gentiles ha partido del hecho de ser llamados a constituir la Iglesia en reemplazo de los primeros. Pero, si los judíos cegados por su soberbia nacionalista y su anhelo de dominación temporal, no reconocieron en Jesús sufriente y humillado al Mesías prometido y por ello, no obstante su calidad de pueblo escogido, fueron despojados de la primogenitura ¿no mereceremos también un día los gentiles duro castigo por nuestra infidelidad en la guarda de los incomparables tesoros que nos han sido confiados por medio de la Iglesia? Hondo problema es éste que San Pablo ha dilucidado con claridad en su Epístola a los Romanos, en términos que importan un profético anuncio de la rehabilitación de Israel a la vez que una seria advertencia a la gentilidad ensoberbecida. Los judíos, se pregunta el Apóstol: “¿están caídos para no

levantarse jamás?" Y responde categóricamente: "No, por cierto" (Rom. XI, 11). Sin duda, agrega más adelante, dirigiéndose a los gentiles, los judíos, "en orden al Evangelio, son enemigos por ocasión de vosotros; mas con respecto a la elección son muy amados por causa de sus padres" (Rom. XI, 28). En la misericordiosa economía divina la fe de los patriarcas es imputada a manera de mérito a los restos caídos de Israel, porque en medio del destierro y del dolor, "no ha de abandonar el Señor a su pueblo ni dejar desamparada a su heredad" (Sal. 93, 14). Israel es un sacerdote apóstata, pero la unción sacerdotal que él recibió de las manos de Dios es imperecedera, "pues los dones y vocación de Dios son inmutables" (Rom. XI, 29). Por eso dice San Pablo que si las primicias de los judíos, esto es, los patriarcas, son santas, también lo es la masa o cuerpo de la nación; "y si es santa la raíz, también las ramas". Y esa misma raíz es la que sustenta al pueblo gentil, posteriormente llamado por la exclusiva voluntad de Dios y sin mérito alguno de su parte. La raíz de Sem sigue siempre bendita, aunque algunas de sus ramas hayan sido cortadas por su incredulidad y la gentilidad para comunicarse de su savia tendrá que ser ingertada por la fe en esta santa raíz, cumpliéndose así la predicción de Noé de que Jafet habitará en las tiendas de Sem. Nada pues más injustificado que el desdén de los gentiles hacia los judíos, de los cuales ha provenido la salud. Con razón San Pablo, aludiendo al castigo de Israel y al fundamento en que descansa la vocación de la gentilidad, dice a esta última: "Si algunas de las ramas han sido quebradas y tú siendo acebuche, has sido ingerido en lugar de ellas y has sido hecho participante de la raíz y de la grosura de la oliva, no te jactes contra las ramas y si te jactas sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a tí. Pues las ramas, dirás, fueron quebradas para que yo fuese ingerido. Bien, por su incredulidad fueron quebradas, mas tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, antes teme, que si Dios no perdonó a las ramas naturales, a tí tampoco no perdone..." No fueron pues desechados los judíos por los particulares méritos de los gentiles, sino por perder la fe. El orgullo de los pueblos paganos de haber recibido la herencia destinada al primogénito Israel carece así de todo fundamento intrínseco. "San Pablo dice a estos paganos: "Las ramas no han sido cortadas por tí, sino porque ellas no han creído. Tú no tienes nada más que la fe. Tú no perteneces según tu naturaleza a la gran familia de los hijos de Abraham. Si pierdes tu fe, recaes en el salvajismo de tu paganismo. Si como gentil pierdes tu fe, Dios te perdonará menos todavía que a Israel. El gentil que pierde la fe no es absolutamente nada. El judío que no cree en Cristo no cesa, en cambio, de pertenecer al

noble olivó de Dios. Las palabras de San Pablo encuentran una terrible confirmación en los tiempos presentes. Los pueblos cristianos que pierden la fe decaen, en verdad, a un grado de barbarie y de pequeñez al que no pueden descender los judíos" (1). El mismo Apóstol, en otro lugar, advierte: "Uno que prevarique contra la ley de Moisés, siéndole probado con dos o tres testigos es condenado sin remisión a muerte. Pues ¿cuánto más acerbos suplicios, si lo pensáis, merecerá aquel que hollase al Hijo de Dios y tuviere por inmunda la sangre del Testamento por la cual fué sacrificado y ultrajare al Espíritu de la gracia?" (Hebr. X, 29).

Después de tan graves advertencias San Pablo descubre a la gentilidad toda una promesa de rehabilitación para Israel: "No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis acerca de vosotros mismos arrogantes: que una parte ha caído en la obcecación hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado, entonces **todo Israel será salvo**" (Rom. XI, 17-25).

He aquí el misterio de la restauración de Israel, tan anhelada por los judíos y cantada por los profetas y que, contrariamente al sentido carnal de los contemporáneos de Jesús, debía ir precedida, según las Escrituras, por la humillación y muerte del Mesías y había de ser el fruto de una honda transformación interior y de un cambio integral en la mente del empecinado pueblo. Las páginas de los Libros Santos están llenas de esta admirable promesa de la reunión del pueblo judío en la tierra de sus mayores: "El Señor Dios tuyo te hará volver — le dice Moisés — de tu cautiverio y tendrá misericordia de tí y otra vez te congregará de todos los pueblos por donde antes te desparramó. Aunque hayas sido dispersado hasta las extremidades del mundo, de allí te sacará el Dios tuyo y te tomará e introducirá en la tierra que poseyeron tus padres y tú la volverás a ocupar..." Y agrega Moisés este anuncio de simultánea renovación interior: "El Señor Dios tuyo circuncidará tu corazón y el corazón de tus descendientes, para que ames al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que consigas la vida" (Deut. XXX, 3-6). Jeremías predice otro tanto: "Sabed que yo los reuniré de todas las regiones por donde los habré desparramado en la efusión de mi furor, de mi cólera y de mi grande indignación y los restituiré a este lugar donde los haré morar tranquilamente. Y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Y les daré un corazón y un solo culto; para que me teman todos los días y sean felices ellos y después de ellos

(1) Erik Peterson: "Le mystere des juifs et des gentils dans l'Eglise". ("Courrier des Iles". Desdée de Browner, 1936, Pg. 61).

sus hijos” (Jerem. XXXII, 27-39). Baruc, con transportes de lirismo exclama: “¡Levántate, oh Jerusalén! y ponte en la altura y dirige tu vista hacia oriente y mira cómo se congregan tus hijos desde el oriente hasta el occidente en virtud de la palabra del Señor, gozándose en la memoria de tu Dios; porque se partieron de tí a pie llevados por los enemigos; el Señor, empero, te los volverá a traer conducidos con el decoro de hijos del reino” (Baruc VI, 5-6). Ezequiel pone por su parte estas palabras en labios del Señor: “Yo os recogeré de entre las naciones y os reuniré de los países por los cuales habéis sido dispersados y os daré la tierra de Israel. Y volverán a ella y quitarán de allí todos los escándalos y todas las abominaciones. Y yo les daré un corazón unánime e infundiré un nuevo espíritu en sus entrañas y les quitaré el corazón que tienen de piedra y daréles un corazón de carne para que sigan mis mandamientos y observen mis leyes y las practiquen, con lo cual sean ellos el pueblo mío y yo sea su Dios” (Ez. XI, 17-30). Con el amor misericordioso del que encuentra por fin a la amada arrepentida, el Señor consuela a Israel: “No temas — le dice, — no quedarás confundida, ni sonrojada, ni tendrás de qué avergonzarte; porque ni memoria conservarás de la confusión de tu mocedad, ni te acordarás más del oprobio de tu viudez”. Y le agrega esta promesa maravillosa del reinado universal del Cristo que ella desechó y que ahora recibirá alborozada: “Pues será tu dueño aquel que te ha criado, cuyo nombre es el Señor de los ejércitos, y tu redentor, el Santo de Israel, será llamado el Dios en toda la tierra. Porque el Señor te ha llamado como una mujer desechada y angustiada de espíritu, como una mujer que ha sido repudiada desde su tierna edad... Por un momento, por poco tiempo, te desamparé, mas yo te reuniré usando de gran misericordia. En el momento de mi indignación aparté de mí tu rostro por un poco; pero, en seguida, me he compadecido de tí con eterna misericordia” (Isaías LIV, 4-8). Y la que antes, como esposa lanzada del tálamo, fué objeto de escarnio, llegará a ser motivo de admiración, sin que quede recuerdos de su caída pasada a la vista de su súbita e incomparable exaltación: “Por cuanto estuviste tú abandonada y aborrecida, sin haber quién te frecuentase, yo haré que seas la gloria de los siglos y el gozo de todas las generaciones venideras... No se oirá ya hablar más de iniquidad en tu tierra, ni de estragos, ni de plagas dentro de tus confines; antes bien, reinará la salud dentro de tus muros y resonarán en tus puertas cánticos de alabanza... Ya no serás llamada en adelante la repudiada, ni tu tierra tendrá el nombre de desierta; sino que serás llamada la querida mía y tu tierra la poblada” (Isaías LX, 15 y 18; LXII, 4).

“Y al que dije que no era mi pueblo, le diré: Pueblo mío eres tú; y él dirá: Tú eres mi Dios” (Oseas II, 23-24).

Pero estas categóricas promesas de exaltación y de perdón para Israel y de restauración de su reino ¿no se han cumplido ya, como sostienen algunos, cuando el pueblo escogido retornó del cautiverio de Babilonia, no quedando ya a la casa de Jacob esperanza de verse reintegrada en sus derechos de primogenitura?

Basta un ligero examen del texto bíblico para penetrarse del error de esta interpretación, que la vuelta de Babilonia fué apenas una pálida y anticipada imagen del prodigioso retorno de los judíos a su patria que algún día ha de verificarse plenamente, porque la palabra de Dios es indefectible. El Antiguo Testamento nos narra que ciento veintidós años después de haber sido llevadas cautivas a Asiria por el rey Salmanazar las diez tribus sismáticas que compusieron el reino de Israel, fueron a su vez transportadas a Babilonia por Nabucodonosor las tribus de Judá y Benjamín, que formaban el reino ortodoxo de Judá, dentro del cual se mantenía el templo de Jerusalén, que fué destruído por el invasor. Bajo el reinado de Ciro los judíos cautivos fueron autorizados para reedificar el templo y algunos miles de las tribus de Judá y Benjamín pasaron con este objeto a Jerusalén con Zorobabel a la cabeza. Posteriormente, en tiempos del rey Artajerjes, el sacerdote Esdras y después Nehemías, obtuvieron permiso para dirigirse a la tierra de sus mayores con algunos pocos compatriotas a objeto de reconstruir la ciudad santa. La dominación extranjera, a pesar de estas concesiones, no cesó ni un instante y en ella se sucedieron sin interrupción los griegos y los romanos, los cuales, como es sabido, la detentaban a la época de Jesús.

Ahora bien, si se tiene presente que en conformidad a la narración histórica consignada principalmente por los Libros de Esdras (I Esd. : I, 5; II, 1; IV, 1; X, 7-9. II Esd. : VII, 6) y los Paralipómenos (I Par. : IX, 3; II Par. : XV, 9) y confirmada posteriormente por Flavio Josefo y San Jerónimo, el retorno a Palestina tan sólo lo efectuaron las tribus de Judá y de Benjamín y unos pocos de la tribu de Leví y en manera alguna las diez tribus del reino sismático de Israel, que nunca volvieron de la cautividad, salvo individualmente uno que otro de sus miembros, hay que convenir en que las promesas de restauración total de los judíos y de reconciliación de todas las tribus no se han verificado jamás y que corresponde su cumplimiento a una época futura. Para entonces han de ser estas palabras de Jeremías: “En aquel tiempo la familia de **Judá** se reunirá con la familia de **Israel**, y vendrán juntas del Septentrión a la tierra que dí a vuestros padres” (III, 18); las de Ezequiel: “So-

bre mi santo monte, sobre el excelso monte de Israel, dice el Señor Dios, allí me servirán **todos** los de la familia de Israel; **todos**, digo, en aquella tierra” (XX, 40); y, en fin, también éstas de Isaías: “En aquel día extenderá el Señor nuevamente su mano... y reunirá los fugitivos de **Israel** y recogerá los dispersos de **Judá**, de los cuatro puntos de la tierra. Y será quitado el cisma de **Efraín** y serán destruidos los enemigos de Judá. Efraín no tendrá envidia a Judá y Judá no hará la guerra a Efraín” (XI, 11-13). Sólo para esta época futura han de convenir también estas predicciones de la restauración de la reyecía judaica y de la liberación absoluta del yugo extranjero, circunstancias ambas que no se cumplieron con la vuelta de Babilonia: “**No te dominarán más los extranjeros** sino que (los hijos de Israel) servirán al Señor su Dios y a **David su rey que yo suscitaré para ellos**” (Jer. XXX, 8-9); y así mismo el asentamiento definitivo de los judíos en su tierra, lo que no tuvo lugar a su regreso del cautiverio babilónico, pues, como es sabido, desde la campaña de Tito fueron dispersados nuevamente y hasta nuestros días: “Y no removeré jamás a mi pueblo, a los hijos de Israel de la tierra que les dí” (Baruc).

Pero a todos estos testimonios de los antiguos profetas podemos agregar otro de incomparable valor: el del propio Jesús relativo a la destrucción de Jerusalén por los romanos y a la dispersión de los judíos después de la misma: “Cuando vieréis a Jerusalén estar cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su desolación está cerca... Porque días de venganza son éstos en que **se han de cumplir todas las cosas como están escritas**... Parte morirán a filo de espada; parte **serán llevados cautivos a todas las naciones**; y Jerusalén será hollada por los gentiles **hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse**” (Luc. XXI, 20-24). La destrucción de Jerusalén y sus resultados vendrían, conforme a estas palabras de Cristo, a dar realización a las profecías, precisamente porque ellas aún no se habían cumplido y estaban reservadas para este tiempo y no para el ya ido de la conquista de Nabucodonosor y de cautiverio de Babilonia. Esta dispersión de los judíos entre las naciones, no sería tampoco indefinida, sino que precisamente conforme a las profecías aún no realizadas, tendría un plazo: “hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse”.

Los profetas también habían determinado la reintegración de los judíos para el fin de los tiempos o de las naciones, que es preciso no confundir con el fin del mundo, pues importa sólo una etapa en la existencia de este último. Jeremías, al anunciar a Israel la gran esperanza de su restauración, dice: “**Al fin de los tiempos** entenderéis estas cosas” (XXX, 24). Y Oseas, más explícito, estampa: “Los hijos de

Israel mucho tiempo estarán sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin efod y sin terafines; y después de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios y de David su rey y buscarán con temor al Señor y a sus bienes **en el fin de los tiempos**" (III, 4-5).

San Pablo, continuador fidedigno de los antiguos profetas y oráculo de Cristo entre los gentiles, afirma que "Israel ha caído en la obcecación, **hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado**" (Rom. XI, 25). El que "la plenitud de las naciones haya entrado" ¿ha de entenderse en el sentido de que previo a la restauración de Israel habrá una conversión general de todos los pueblos gentiles a Cristo? Jesús dice categóricamente refiriéndose a esta época: "Aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente; y por la inundación de los vicios se resfrará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará. Entre tanto se predicará este Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones y entonces vendrá el fin" (Mat. XXIV, 11-15). Conforme a estas palabras, más o menos al mismo tiempo que se predique en todo el mundo el evangelio se operará un decaimiento general en la fe y cundirá la apostasía, cumpliéndose así la predicción de Jesús de que "muchos son los llamados y pocos los escogidos" (Mat. XXII, 14). En consecuencia, el plazo que indicara San Pablo como señal de la reintegración de Israel, de que "la plenitud de las naciones haya entrado", ha de entenderse cumplido en "el momento en que el número de gentiles determinado por Dios de antemano haya entrado en su Reino. Cuando todos los gentiles así predestinados hayan llegado a ser creyentes, entonces Israel entero será bienaventurado" (1).

Llegará la hora en que el pueblo judío reconocerá a su verdadero Dios y a Jesús, su Mesías, y ante la traición de la esposa gentil, entregada a la apostasía, Sión, expulsada otra vez del tálamo, pero ahora reintegrada por la fe, podrá dar realidad a las palabras de Isaías: "Regocíjate ¡oh estéril! tú que no pares; canta himnos de alabanza y de júbilo tú que no eres fecunda, porque son muchos más los hijos de la que había sido desechada, que los de aquella que tenía marido" (Isaías LIV, 1). Y en ese instante de liberación de Israel, de reivindicación de su nombre entre los pueblos, también encontrarán parte en el júbilo los que tuvieron piedad de la Sión vejada y oprimida, los que sin dejarse arrastrar de los odios de la carne y de los prejuicios nacionalistas estrechos, desbordaron de caridad para con los restos perseguidos de la casa de Jacob: "Congratulaos con Jerusalén — se les dice a

(1) E. Peterson; obra citada, Pág. 63.

ellos — y regocijaos con ella **todos los que la amáis**; rebotad con ella de gozo **todos cuantos por ella estáis llorando**, a fin de que chupéis así de sus pechos la leche de sus consolaciones hasta quedar saciados y saquéis abundante copia de delicia de su consumada gloria... Como una madre acaricia a su hijito, sí yo os consolaré a vosotros y hallaréis vuestra consolación en Jerusalén” (Isaías LXVI, 10-13).

Y no se crea que esta restauración del reino de Israel contradice la enseñanza de Cristo acerca de su reino espiritual. Los Hechos de los Apóstoles consignan que el Señor después de su resurrección se apareció con frecuencia a sus discípulos en el espacio de cuarenta días, “hablándoles — entonces — del reino de Dios” (Hechos I, 3). Además en esta oportunidad Jesús “les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras” (Luc. XXIV, 45). Ahora bien, después de haber recibido la enseñanza sobre el reino y de haberles sido abiertos los sentidos para la adecuada comprensión de las Escrituras, los discípulos preguntaron al Maestro, momentos antes de su ascensión: “Señor ¿será éste el tiempo en que has de restituir el reino a Israel?” Y a esta pregunta que no versa sobre la existencia misma del reino, que no se discute, precisamente porque han recibido al respecto la debida instrucción, sino tan sólo sobre el tiempo en que él ha de verificarse, Jesús les respondió: “No corresponde a vosotros saber los tiempos o momentos que tiene el Padre reservados a su poder” (Hechos I, 6-7). Si la futura restauración del reino de Israel en que creían aún los Apóstoles no hubiera sido más que una vana ilusión “¿qué cosa más conforme con la divina verdad que sacarlos del error si acaso están en el error?” Pero en realidad no los contradice acerca de la verdad del reino, sino que solamente les advierte que no les pertenece a ellos los “tiempos o momentos que tiene el Padre reservados en su poder”. Y aquí debemos notar que no sólo les advirtió que no quisieran buscar cosas superiores a ellos sino que afirmó que aquellos tiempos o momentos el “Padre los tiene reservados en su poder”. Si hubiera querido dejar la cosa incierta, se habría expresado de modo hipotético, v. gr. que el Padre “hubiera querido” determinar en su poder. Hablando de modo afirmativo indica la verdad del futuro reino de Israel cuyo tiempo se reservó el Padre (1).

El reino de Israel será, pues, reconstituido en una fecha para las humanas mentes ignorada y que será en todo caso antecedida del olvido de la fe por las naciones gentiles. El cetro que había salido de Judá volverá a renacer. Ya no se

(1) Rafael Eyzaguirre: “Apocalipsos interpretatio litteratis”; Roma, Pág. 526-27.

oirán las palabras del Señor a Samuel: “No te han dese-
 chado a tí sino a mí para que no reine sobre ellos” (I Sam.
 VIII, 7); ni los gritos de la plebe judaica frente a Jesús:
 “No tenemos otro rey que César” (Juan XIX, 15). El tro-
 no del monarca crucificado y victorioso se alzaré entonces
 sin contrapeso, porque Jesús, según la carne es hijo de Da-
 vid y según la generación divina, Hijo del Altísimo y como a
 tal le corresponde todo reino y todo poder: “A mí me dijo
 el Señor: Tú eres mi hijo; yo te engendré hoy. Pídeme y
 te daré las naciones en herencia tuya y extenderé tu domi-
 nio hasta los extremos de la tierra” (Salmo II, 7-8); “El
 Señor Dios le dará el trono de su padre David y reinará en
 la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin”
 (Luc. I, 32-33). Habrá llegado el momento en que se cum-
 plirá la predicción de Ezequiel en los siglos: “Estableceré
 sobre mis ovejas un solo pastor que las apacienta, esto es,
 David, siervo mío: él mismo las apacentará y él será su pas-
 tor. Yo el Señor seré su Dios y el siervo mío David será
 el príncipe en medio de ellas” (Ezeq. XXXIV, 23-24). En-
 tonces se habrá cumplido también para la Sión caída y para
 siempre restaurada las palabras de Cristo frente a la Jeru-
 salén ciega de su primer advenimiento: “No me veréis más
 hasta tanto que digáis: Bendito sea el que viene en nombre
 del Señor” (Mat. XXIII, 39); y Jacob, el luchador de si-
 glos, el que con dureza inveterada ha resistido la voluntad
 divina, podrá exclamar al término de este combate doloro-
 so: “Yo he visto a Dios cara a cara y mi vida ha quedado
 en salvo” (Gen. XXXII, 30).

Jaime Eyzaguirre

« EL IMPARCIAL »

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

La Leyenda de Sión

por Javier Lagarrigue Arlegui

“Raza judía, carne de dolores,
“ raza judía, río de amargura,
“ como los cielos y la tierra, dura
“ y crece aún, tu selva de clamores”.

(G. Mistral, “Al pueblo hebreo”).

Hay en todas las grandes pasiones colectivas, algo oscuramente profundo, algo que siempre queda en el misterio. Es un impulso tenaz, inconciente, de cuyo contagio no se libran, a veces, los espíritus más selectos.

La historia del mundo está esculpida sobre fondos impenetrables y aunque la Redención partió su dureza, aliviando al hombre la angosta brecha segura, el torbellino de estos dos milenios, es la historia de una sola batalla entre la Luz y otro poder que, en el hombre, y fuera de él, llamamos vagamente, y como con miedo: “fuerzas desconocidas”, “fuerzas ocultas”.

Es impresionante para el cristiano oír de boca de materialistas que parece existir en el hombre un instinto de la destrucción, contrapeso del de la conservación.

Revela tanto desconcierto en la soberbia actitud del pensamiento materialista esta admisión de fuerzas contradictorias en el hombre, que aunque las llamen “instintos”, bien podemos comprender que también ellos en estos años pavorosos, no pueden menos, de captar la existencia de “fuerzas ocultas”.

Es que nuestra época, época de entrenación, fin y principio, como todos los momentos catastróficos de la historia, tiene esa fuerza aplastante de los grandes hechos que pasan triturando ideas y doctrinas sobre la débil edificación de la lógica humana.

La guerra, cuya amenaza, en estos días, hace temblar al Occidente, es un síntoma revelador de “eso”, sobrecogedor como un abismo.

Se creyó que al final de todo esto sería la guerra de clases y vemos que será guerra de pueblos, de doctrinas, de los que se llaman demócratas, contra un hecho enorme e inesperado, que nació al calor de la lucha de clases provocada por el comunismo, que tuvo en ese problema su razón de ser vital y que ahora existe y se desarrolla por sí mismo, sin necesidad de razones exteriores: el fascismo.

Hemos visto, en poco más de cinco años, surgir y triunfar en Alemania un régimen genial, arrebatador, y la rapidez inaudita de su desarrollo casi perfecto no nos deja tiempo para pensar en la magnitud de este hecho: todo, todo en ese país: la nueva legislación, el arte, la ciencia, la filosofía, la organización económica, está apuntado, como una flecha, hacia un solo objetivo: hacer de la nación un organismo en estado de disponer de cada milésimo de su energía y en el *mínimum* estricto de tiempo, en cada instante. Esto, por lo menos así parece, se ha conseguido con la mayor exactitud conocida hasta ahora. Alemania acecha su oportunidad en todas las encrucijadas del tortuoso camino de Europa.

Y esto, para obtener predominio, para vengar derrotas. Razones de odio, o por lo menos, razones odiosas, cuando está en juego una civilización y la faz del mundo. Sería ingenuo creer que esto es sólo la obra de un jefe o de un grupo; esto habría sido materialmente imposible sin el entusiasmo o alucinación de una gran mayoría del pueblo. Los inconfirmados datos sobre un gran número de apostasías en los sectores cristianos, nos revelan, por otra parte, la extraña fuerza de esa alucinación o entusiasmo.

El imperialismo japonés, la confusa tragedia española, son otros tantos síntomas de que en nuestro triunfo **hay fuerzas ocultas** actuando bajo la superficie de los hechos.

Aún sin ir tan lejos, podemos sentir adentrarse en nuestras carnes ese vértigo de guerra, de odio, ese "algo" impenetrable, que nos recuerda, **que es otra Babel** en que los hombres, aparentando fines iguales, ya no pueden, ni querrian comprender el turbio anhelo del vecino.

Pero ha aparecido recientemente algo más revelador, más preñado de inquietud, más amargo y más hondo en el misterio: el antisemitismo.

*
● *
*

Nunca han tenido verdadero descanso los judíos. En parte por sus propios defectos, por su irreconciliable actitud en la sociedad cristiana, y en parte también por la fábula, la leyenda temerosa de Sión que los ha presentado a través de los siglos ya como un pueblo inferior y despreciable, ya como una raza de traidores solapados, ya como ignorados dominadores, ya como seres demoníacos.

¿Quién podría señalar el límite entre la fábula y la realidad entre la calumnia y la acusación fundada?

Sabemos que los judíos fueron, por mucho tiempo, los más odiosos usureros de Europa. Se cree, con fundadas razones, que no fueron ajenos a la invasión de España por los moros.

No pueden menos que parecer raras coincidencias el que fuese un judío: Karl Marx, el padre del socialismo revolucionario; el que las grandes compañías cinematográficas norteamericanas cuya influencia desmoralizadora tiene tan funestas consecuencias en nuestros medios sociales, estén dirigidas por judíos.

En Chile, por ejemplo, no faltan quienes miran con sobrada malicia el género de comercio en que los judíos amasan, en un tiempo relativamente corto, fortunas más que regulares. En realidad, no podemos negar que el comercio de joyería, artículos de lujo, etc. no es de ninguna manera simpático y que entre las inmigraciones recientes de judíos y la generalidad de los chilenos, existe una separación tal vez mayor que con otras inmigraciones; pero, no podemos palpar en nuestro país toda la fuerza del antisemitismo ni se conocen las leyendas que tienen tanto arraigo en Europa. El espíritu liberal y romántico de nuestra independencia ha dejado profundas huellas de generosidad en este rincón de América, amable más que por nada por esas cualidades brotadas del corazón de un pueblo abierto y que sabe sentir, con terrible justicia, con peligrosa intensidad, con noble hombría, sus odios y admiraciones, sus vindictas y sus aplausos y, por sobre todo, su irresistible rechazo de toda estrechez, de todo exceso.

*

*

*

Pero los pueblos de Europa, herederos, prolongación de tradiciones inmensas, no están libres de errores tradicionales y a veces inmensos.

La leyenda de Sión es uno de ellos; en sus líneas generales ha sido, a través de los siglos, una misma, adaptada a las condiciones de cada tiempo.

Consiste en la creencia de que los judíos llevados por su odio al cristianismo y por su anhelo de realizar ese reinado de Israel que su ceguera les ha impedido comprender, conspiran constantemente contra la cristiandad, tratando, desde la sombra de sus sinagogas y kaales de destruir los cimientos de nuestra civilización, y así someternos a una odiosa tiranía. De este modo se ha hecho de la raza judía el símbolo de la traición, del odio, del orgullo, de la tenacidad y del crimen siniestro que se trama ocultamente.

En la Edad Media y hasta el siglo XVIII, fueron astrólogos demoníacos, magos poderosos, usureros desalmados e infames aliados de la Media Luna.

Eran las preocupaciones y peligros de esos tiempos.

En el siglo XIX surge una nueva versión que, ligeramente adaptada, es la de nuestros tiempos.

Los judíos son el cerebro escondido de la francmasonería y su admirable capacidad comercial, apoyada en maquinaciones fraudulentas, por supuesto, completa los elementos de un inmenso plan cuidadosamente formado.

En el siglo XX se actualiza, realizada en el bolchevismo, la amenaza comunista y, como no podía menos de esperarse, los judíos pasan a ser los inspiradores secretos de la execrada y sanguinaria Rusia.

Pero nuestro siglo no está para leyendas, requiere algo más positivo, más creíble. Así aparecen "pruebas".

Nuestras circunstancias históricas contribuyen, por otra parte, a dar verosimilitud a la leyenda:

Ingiaterra, cuya masonería es talvez la mejor organizada en el mundo y goza de tal influencia, que cuenta al Rey mismo en sus filas, es la amparadora oficial, contra viento y marea, del movimiento sionista, cuyas trágicas consecuencias ensangrientan hoy la Palestina.

Francia, dominada también por la masonería, ha sido gobernada por un judío M. Blum, con desastrosos resultados.

España se destroza en una guerra provocada por las logias, que pretendían hacer de ella una sucursal de Rusia en Occidente.

Estos son cabos que no vacilan en atar los antisemitas; pero esto ya no es solamente una conjetura; no, ahora se conoce un documento de la perfidia israelita:

"Los Protocolos de los Sabios de Sión".



"Los Protocolos de los Sabios de Sión", es un libro bien extraño, se le ha rodeado de un prestigio trágico.

Se dice que su primera edición se perdió a consecuencias de un misterioso accidente ferroviario.

Y es un hecho que contiene afirmaciones proféticas; que, habiendo sido publicado en 1905 se encuentran predichos en él muchos acontecimientos realizados posteriormente.

La historia y procedencia de estos "Protocolos" es así:

Se pretende que son una parte del proceso verbal del Primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea el año 1897, naturalmente, se trata de reuniones secretas.

Es un plan fantástico y bien se comprende que no puede provenir sino de un loco o de la sombría imaginación de un fanático.

No habría espacio ni tiempo para intentar siquiera un análisis rápido; pero los párrafos que siguen darán una idea de su naturaleza:

"La política no tiene nada de común con la moral. Un

soberano gobernado por la moral, no un hábil político; no está firme sobre su trono. Aquel que quiera gobernar debe recurrir al engaño y la hipocresía. En política, las grandes cualidades humanas de honestidad y de sinceridad se vuelven vicios y destronarán a un soberano con más certeza que su más cruel enemigo. Esas cualidades deben ser los atributos de los países no-judíos; pero nosotros no estamos a hacer de ellas nuestras guías...

... ..
 “Hemos tenido buen cuidado en desprestigiar al clero de los gentiles ante los ojos del pueblo y así hemos logrado perjudicar su misión...”

... ..
 “Cuando haya llegado el momento de destruir la corte pontificia, una mano desconocida, señalando el Vaticano, dará la señal de asalto”.

“Cuando el pueblo furioso se arroje sobre el Vaticano, nosotros apareceremos como protectores para evitar el derramamiento de sangre. Por este acto penetraremos hasta el propio corazón de esta Corte Pontificia de donde nada en el mundo podrá arrojarnos hasta que hayamos destruído el poder del Papa”.

Una rápida lectura de estas líneas basta para comprender que hay demasiada concordancia entre la actitud que suponen en los judíos y la que los suponen las leyendas y las fábulas, para acordarles no ya crédito, sino la más mínima verosimilitud.

Pero hay más.

A (1).—“En Octubre de 1934 la Asociación de Comunidades Judías de Suiza y la Comunidad Judía de Berna entablaron en Berna un proceso contra Teodoro Fischer, ex-jefe de los nazis suizos y Silvio Schnell, jefe del frente nacional de Suiza por la publicación, distribución y venta de “Los Protocolos de los Sabios de Sión”.

Los judíos pretendían no sólo probar la falsedad de los Protocolos, sino, más aún, que fuesen calificados como lo que la legislación cantonal de Berna llama “Schundliteratur”, término mal definido y cuya extensión parece discutible, aunque claramente se refiere, en primer término, a la literatura pornográfica, obscena. Esta explicación tiene importancia, como veremos adelante.

El tribunal de primera instancia sentenció conforme a la tesis judía, es decir, probada por medio de testigos e informes periciales la inautenticidad de los Protocolos, aplicó a Fischer y a Schnell las penas correspondientes a los propa-

(1) Resumen de un artículo del P. Pierre Charles, aparecido en Enero de 1938, en la “Nouvelle Revue Theologique”.

gadores de "Schundliteratur", por estimar como tal a los escritos calumniosos e injuriosos.

Los condenados apelaron y el tribunal de segunda instancia modificó la sentencia de primera, relevando de pena a los procesados, por considerar que, aunque la inautenticidad de los "Protocolos" estuviese suficientemente probada, no podían ser consideradas "Schundliteratur"; pero los condenó a pagar las costas.

B.—Veamos en resumen lo que H. de Vries de Hukelingen, antisemita, dice al respecto, en un artículo aparecido en la "Revue catholique des idées et des faits", el 3 de Junio de este año:

La prueba de los judíos se refirió a los siguientes hechos:

1.—Los Protocolos fueron publicados por Sergio Sibus, por primera vez, en 1905, la impresión se efectuó en la imprenta de Tsarkoíé Sélo.

2.—En esta primera edición y en las de 1911 y 12 Sibus no dice nada respecto de si provienen de un congreso secreto celebrado paralelamente al Primer Congreso Sionista de Basilea. Sólo en la edición de 1917 Sibus hace esta afirmación diciendo que lo ha sabido por un informador secreto.

3.—Sibus, a última hora, afirma que los Protocolos han sido aprobados en 1897.

4.—En 1921 una tal Dauvin (a) Princesa Radziwill, de antecedentes más que dudosos, que estuvo encarcelada en Nueva York por tramposa, declaró, en una época inmediatamente posterior a su encarcelamiento, que había visto el manuscrito en París el año 1905, cuando el consejero de Estado ruso Pedro Ratschkowsky, ayudado por Mateo Golowinsky, agente secreto ruso, estaba ocupado en su redacción.

Supuesto que los Protocolos habían visto la luz en 1905 por primera vez, esta era una prueba aplastante, de ser verídica (lo que no era muy seguro, vista la personalidad de la testigo y su apremiante situación económica).

5.—Pocos meses después de las declaraciones de la "Princesa", un tal conde del Chayla publicó (1) sus memorias sobre Sibus y los Protocolos, afirmando en ellas que el profesor Sibus le había mostrado en 1909 un manuscrito cuya descripción es idéntica a la que la "Princesa" hace del que pretende haber visto redactar en París en 1905.

Este segundo testimonio tendría un valor definitivo, si no fuera que el conde del Chayla es un conocido agente bolchevique, condenado a muerte por el general Wrangel y salvado por la intervención de Francia.

6.—Pero la calidad personal de los testigos no es la única razón para desechar su testimonio.

(1) "Como por azar", dice H. Vries.

Se ha comprobado sin lugar a dudas que el diario ruso Snamja publicó, en sus números del 28 de Agosto al 7 de Septiembre de 1903, los Protocolos de los Sabios de Sión, aunque no bajo este mismo título, tales cuales aparecen en el apéndice del libro de Sibus.

7.—Cuando se lanzó la primera edición alemana, los judíos pretendieron que todo había sido inventado por el traductor alemán. Las “traducciones” rusas eran ignoradas por el público occidental. El traductor alemán (1) se defendió diciendo que en el British Museum de Londres había un ejemplar anotado bajo los números 3926 d. 17. Los judíos exhibieron entonces una declaración o certificado del British Museum, en que se afirmaba que el libro no figuraba bajo los números 3296 d. 17, lo cual era muy natural, ya que el dato exacto señalado por von Hansen era 3926 y no 3296, que figuraba en el certificado pedido por los judíos alemanes.

En realidad, aquí aparece claramente un espíritu de mala fe innegable. Era muy fácil engañar al público confundiendo con dos números tan parecidos.

8.—Hemos ya adelantado algo sobre el juicio de Berna. Veamos lo que dice H. de Vries sobre este punto:

A.—Es extraña la elección del tribunal de un pequeño cantón suizo, cuando los Protocolos se venden en mucha mayor proporción en Francia, Alemania y en todo el mundo. Además, apunta que el juez de primera instancia “no era económicamente independiente de un judío en el momento del proceso”.

B.—El tribunal de segunda instancia constató que algunas declaraciones fueron tomadas por taquígrafos de los demandantes judíos.

C.—El “proceso verbal” no fué leído a los acusados, ni está firmado por ellos, como lo exige la ley. Los testigos de los demandados no fueron llamados. El juez de primera instancia aceptó la producción de fotografías, provenientes de Moscú, no legalizadas debidamente y de traducciones defectuosas de documentos rusos.

D.—A más de los peritos presentados por las partes, el tribunal de primera instancia nombró un tercero, C. A. Zoosli. Este señor había publicado cuatro años antes un folleto en que afirmaba que los “Protocolos” habían sido “falsificados vergonzosamente y sin ninguna consideración”. No era, pues, la persona más indicada para ser el tercer perito y así lo estimó el tribunal de segunda instancia. H. de Vries hace notar que Loosli, para dar valor a la declaración de la “Princesa Radziwill” cambió la fecha de 1905 por 1895.

(1) Müller von Hansen.

La discusión no ha girado en torno del proceso de Berna. Existen en pro y en contra de la autenticidad de los "Protocolos" muchas otras fortísimas razones.

A.—Se ha descubierto que los "Protocolos" publicados por Sergio Sibus son una copia casi literal de un libro de Mauricio Joly publicado en 1864 por primera vez, en Bruselas, y que es una sátira contra Napoleón III.

B.—Contra esto H. de Vries de Heckelingen da muchos argumentos.

El "Diálogo en los infiernos entre Maquiavelo y Montesquieu" de Joly no es el único, ni más antiguo precursor de los Protocolos. Existen además:

1860.—Discurso del rabino Reichborn sobre la tumba del Rabbi Simón ben Yehuda en Praga. Sustancialmente igual a los Protocolos, como programa de acción.

1868.—La novela "Biarritz" de Hermann Goedsche. Contiene un capítulo "En el cementerio de Praga", en que figura un discurso pronunciado por un rabino y presenta muchas analogías con el del rabino Reichborn.

1845.—Novela "José Bálsamo, memorias de un médico" de A. Dumas, padre, que contiene en su prólogo toda la sustancia de los "Protocolos", lo que se explica por las numerosas e íntimas relaciones con judíos y judías del autor.

1886.—Novela "Barón Jéhovah", de Sidney Vigneaux; en esta obra los judíos desarrollan un plan de acción análogo al de los "Protocolos"; pero como instrumentos de la masonería.

H. de Vries concluye: "No es dudoso que todos estos escritos, bajo su forma más o menos novelesca, sacan su inspiración general de planes o proyectos de los cuales los autores respectivos han tenido conocimiento. En resumen, las mismas líneas directivas han sido publicadas bajo formas diferentes en 1845, 1864, 1868, 1886, 1897, 1900, 1901 y 1903, todas antes de la publicación de los "Protocolos" por Sibus ¡y se querría hacernos creer que estos habrían sido fabricados en París en 1905!"

El P. Charles ha escrito (en el artículo antes citado) que en los "Protocolos" "hormiguean las contradicciones" y que "proponen medios de una inepeia completamente tranquilizadora", que son "admirables de estupidez", que "se muestran absurdos, contradictorios, infantiles".

H. de Vries, compara la incoherencia, las inepeias, las contradicciones de los "Protocolos" con las del tribunal y las encuentra naturales en la mentalidad de los judíos.

Por último, de Vries, aduce el carácter profético de algunos pasajes de los "Protocolos" cuyas afirmaciones ya se han realizado.

Es muy penoso comentar estas discusiones en que el buen sentido, la lógica, combate contra fastásticas afirmaciones sustentadas en pretendidas pruebas documentales.

La refutación es enojosa, difícil y poco accesible a los medios poco cultos y crédulos.

La razón es muy sencilla:

Los que atacan la leyenda antisemita, deben probar hechos negativos ("Los judíos **no** piensan esto, **no** han hecho tal cosa", etc.) Están obligados por lo tanto a probar la autenticidad de cada documento, la falsedad de cada afirmación, expuestos siempre a encontrarse con lo que, en el fondo, significa la "conclusión" de de Vries: "se non e vero e beu trovato".

Y contra esto ya no queda más que probar que positivamente los judíos piensan de otro modo y respetan y aprecian y se proponen ayudar a los cristianos, lo cual no sería correcto; o buscar "coartadas", lo cual es imposible del todo; o entrar al terreno de las polémicas violentas de los insultos, lo cual, a más de lamentable, sería inútil.

En el terreno de la investigación histórica la partida puede prolongarse eternamente.

Pero los cristianos no podemos callar cómodamente ante esta monstruosa acumulación de fantasías.

Para H. de Vries Heckelingen las numerosas publicaciones precursoras de los "Protocolos" son **prueba de su origen judío**. Reconoce que **sobre 5, 4** son **abiertamente novelescas**. Reconoce que sólo **sustancialmente**, es decir, en cuanto atribuyen cierta actitud a los judíos, están de acuerdo. ¡Y afirma que sólo se explica su existencia por la existencia de un **plan** conocido de los autores!

El P. Charles rechaza los "Protocolos" por su "incoherencia", "inepcia" y "estupidez"; y de Vries se queja en contra diciendo que también **algunos** pasajes de **algunos** libros talmúdicos son incoherentes. ¡Como si un plan de acción redactado hace cuarenta y tres años por judíos austríacos y alemanes es Basilea pudiera estar concebido y redactado del mismo modo que **Baba-kamma** o el **Baba-mezia**!

Es la "leyenda de Sión" secular, supersticiosa, irreducible.

Los astrólogos, los siniestros usureros, los magos perversos son hoy secretos dominadores, organizados y conjurados.

¿Se atrevería nadie a afirmar que no nos odian, que no nos hieren en cuanto pueden?

Se puede probar que tal o cual judío no es anti-cristiano, que no conspira; pero ¿y los otros? "¿los judíos?"

El mundo anda mal, la cristandad relajada no tiene otro remedio que la Acción Católica.

El cinematógrafo yanqui, el cable, las inmensas fortunas están en manos de judíos.

Maurois, Zweig, Einstein, Thomas Mann, León Blum y tantos otros no cristianos, materialistas, anti cristianos más bien, de incalculable influencia, son judíos.

Más aún, y esto no se dice sólo en voz baja, Jacobo Maritain converso y a quien alcanza el judaísmo de su esposa, se ha declarado contra la España nacionalista, ¿será sincero?

Es indudablemente más cómodo, una agradable y hasta halagador, decir que el mundo va mal por el hecho de "fuerzas ocultas", "poderes tenebrosos"; que no por nuestra propia falta, la de los cristianos; por nuestro cobarde encogimiento; por nuestro olvido y rechazo del Evangelio auténtico, el trágico y sin remedio, que no admite transacciones ni excusas, que exige renovación constante, estricta, e inevitables renunciamentos.

*
* *

La leyenda antisemita, es más que una leyenda; es y ha sido un crimen infame, fuente inagotable de asesinatos y despojos, de odio, de calumnias.

Ha ido adquiriendo formas y visos de verosimilitud a través de las épocas.

Muchos cristianos aceptan hoy la posibilidad del sionismo secreto y todopoderoso, impresionados por toda una literatura antisemita. Porque hasta en América tenemos una novela de esta especie, que se debe, por desgracia, a la pluma de un escritor católico.

Olvidan que todo eso no es, en el mejor de los casos, sino un tejido denso de presunciones, conjeturas, que nadie ha dicho nada irrecusable, definitivo; y, sobre todo, que la fidelidad a la verdad no es una cualidad ornamental, sino un imperioso deber de los cristianos.

Y se falta a la verdad y gravísimamente cuando se aceptan acusaciones tan preñadas de sombrías consecuencias, no ya contra una persona, sino contra un pueblo entero.

Javier Lagarrigue Arlegui

14 de Septiembre de 1938.



**LOS MAS SINCEROS Y VALIENTES
DESNUDOS DEL ALMA HUMANA:**

ALGO DE MI MISMO, por Rudyard Kipling.
Magnífica autobiografía del autor de:
"El libro de las Tierras Vírgenes".
Precio: \$ 8.00

DIARIO INTIMO, por Enrique Federico
Amiel.
La notable confesión del atormentado so-
litario ginebrino.
Precio: \$ 8.00

LA VIDA DE UN CIRUJANO, por Andrea
Majocchi.
Dolorosa narración de los recuerdos de
un médico.
Precio: \$ 15.00

DIARIO SECRETO, por Ana Virubova, (2.^a
edición).
La vida íntima de la Corte Imperial de
Rusia hasta la revolución.
Precio: \$ 12.00

ENVIAMOS CONTRA REEMBOLSO Y ACEP-
TAMOS REMESAS EN ESTAMPILLAS.—
NO COBRAMOS GASTOS DE ENVIO. SO-
LICITE NUESTRO ULTIMO CATALOGO.

Empresa Editora "Zig-Zag" S. A.
Bellavista 069 - Casilla 84-D. - Santiago de Chile

LOS LIBROS

“LES JUIFS ET JESUS. ATTITUDES NOUVELLES, por Joseph Bonsirven.—París, Beauchesne, 1937.

El Padre jesuíta Bonsirven, que es autor de numerosos estudios acerca de los judíos, ofrece en este libro un conjunto interesantísimo de noticias sobre la nueva orientación que se advierte en los mismos respecto de la persona de Jesús. En efecto, en los últimos años se nota entre los judíos, por lo menos entre algunos de destacada actuación, un ademán más comprensivo para juzgar a Cristo y una mayor preocupación por conocerle. José Kausner, Profesor de la Universidad hebraica de Jerusalén, ha publicado una vida de Jesús que, aunque inspirada en un criterio del todo racionalista, importa un paso considerable en la aproximación de Israel hacia el conocimiento del Mesías. “En numerosas sinagogas liberales — anota además Bonsirven — Jesús, su evangelio, el Nuevo Testamento, constituyen a menudo el tema de sermones; un grupo conservador de estudios religiosos, el “Chema Israel” de París, ponía en su programa, hace cosa de una decena de años, conferencias sobre Jesús y el Cristianismo; en 1923, el rabino de la “Hampstead Orthodox Synagogue”, de Londres, decidía, ante la demanda de los estudiantes de la comunidad, fundar un curso para el estudio del Nuevo Testamento; en Londres la “Society of Jews and Christian” y en América grupos similares reúnen judíos y cristianos a fin de estudiar las creencias y aspiraciones de las dos religiones; numerosos judíos exhiben o discurren sobre Jesús y su Iglesia...”.

¿Se estará ya acercando ese momento, claramente anunciado en la Escritura, en que Israel acogerá al Mesías que en un instante de ceguera repudiara?

J.

“LE RETOUR D'ISRAEL”, por Max Marin.—París, Desclée de Brouwer, 1935.

Este libro contiene una síntesis bastante completa de la trayectoria del pueblo judío desde su vocación hasta su caída y de las promesas de rehabilitación que se contienen en las Escrituras. Se refiere además, con interesantes pormenores, al acercamiento último de los judíos a Jesús y al portentoso adelanto de la colonización hebrea en Palestina. Al respecto exhibe numerosas láminas que confirman lo aseverado por el autor en orden a la indiscutible transformación que ha logrado el movimiento sionista de las tierras desiertas en productivos verjeles. Parece ya haber comenzado ese período de reunión de los restos de Israel en su antigua patria, que tan a menudo anunciaran los profetas.

J.



CUESTIONES SOCIALES Y POLITICAS

“EL MISTERIO DE LA POBLACION SOVIETICA”, por Benjamín Dávila Izquierdo.

Un comentario a las informaciones soviéticas sobre el movimiento demográfico en Rusia en los últimos años.

“EL MITO DE LA SOBREPDUCCION GENERAL”, por Antonio Cifuentes.

“La sobreproducción general con respecto a las necesidades humanas no ha existido jamás. Lo que ha existido en determinadas épocas es restricción del circulante, restricción del crédito; en una palabra, crisis monetaria”.

LOS LIBROS:

“De las antiguas a las modernas corporaciones”, por Carlos Radicati di Prineglio.

El misterio de la población soviética

por Benjamín Dávila Izquierdo

Con gran despliegue de propaganda anunció la URSS. el censo pan-soviético que debía efectuarse el 6 de Enero de 1937. 912.726 empadronadores y 131.874 contralores trabajaron incansablemente, mereciendo los elogios más entusiastas de toda la prensa soviética. El resultado de este censo era de suma importancia para la propaganda comunista, considerando la intensa campaña de Mussolini y de Hitler pro aumento de la población y el interés de aparecer ante Francia como un aliado en quien se puede confiar en caso de peligro.

“Pravda”, pocos días antes, anunciaba con optimismo: “El censo pan-soviético comprobará un poderoso aumento de la población del país del socialismo victorioso. Cada una de sus cifras demostrará un desarrollo sin precedentes de la personalidad humana en la URSS. Estas cifras acreditarán que llegaremos a ser el país más avanzado y más civilizado del mundo. El censo tendrá una importancia internacional capital. Sus datos harán contemplar al mundo deslumbrado los éxitos inmensos del socialismo en nuestro país”.

Y súbitamente, después de tantos preparativos, y cuando todos esperaban conocer el resultado del tan anunciado censo, en Septiembre de 1937, aparece una declaración del Consejo de Comisarios del Pueblo: “Considerando, dice, que “ al efectuar el censo, la Administración Central de las Estadísticas Económicas del Gosplan a infringido groseramente las reglas elementales de la ciencia estadística, como también las instrucciones dadas por el Gobierno (?), “ el Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom) declara poco satisfactoria la organización del censo y los resultados obtenidos defectuosos”. Estos resultados fueron anulados y se ordenó practicar un nuevo censo en Enero de 1939.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo ese millón de especialistas tan alabados pocos días antes, pudo defecionar en tal forma y merecer ese juicio del Sovnarkom? Y si no aceptamos la explicación oficial, ¿cuáles son los motivos reales de la anulación del censo?

Sólo queda una explicación, y es la que da el oficial del Estado Mayor del Ejército Rojo, Krivitsky, ayudante de Tairov hasta 1937, que por su cargo estaba en contacto directo

con la GPU., hasta que rompió con Stalin, quedándose en París. En una entrevista a "Dernières Nouvelles" (4-III-38), declara: "Quiero decirles sólo una cosa, de la cual estoy completamente cierto: los resultados del último censo no fueron publicados porque reveló que en 1937, había en la URSS. no 170.000.000 de habitantes, como lo había anunciado la Oficina de Propaganda del Comité Central del Partido Comunista, sino sólo 145 millones. A la URSS. le faltan en este momento 30 millones de almas. Es el resultado de la política insensata de colectivización seguida por Stalin, de la lucha criminal contra los campesinos, lucha cuya responsabilidad recae sólo sobre el propio Stalin".

¿Cómo explicar esta cifra cuando en 1918, según el "Anuario Soviético de 1936" (que en este caso es digno de fe), Rusia contaba con 142.579.900 habitantes?

Según los datos oficiales la población de la URSS. aumentó, de 1926 a 1937, de 147.028.000 habitantes a 169.000.000. Pero estas cifras no pueden aceptarse, pues, según afirmaciones de los propios comunistas, la revolución ha determinado en Rusia un verdadero proceso de extinción de la población y las altas cifras de natalidad dadas por las estadísticas oficiales se deben principalmente al gran número de empadronamientos dobles, practicados con el fin de conseguir mayor número de tarjetas de aprovisionamiento. Colaboradores de la Academia de Lenín han afirmado, por otra parte, que los datos demográficos oficiales son sólo cifras en el papel y que la situación verdadera no la conoce nadie, ni el propio Gobierno. Por lo demás, desde 1933, los Soviets se niegan a proporcionar regularmente las cifras globales.

Esta situación puede explicarse estudiando tanto la natalidad como la mortalidad de Rusia después de la guerra; en la que perdió, por muertes o cesión a otros países, más de 30 millones de habitantes.

Según los datos más fidedignos con que se puede contar, el aumento de la población de la URSS. entre los años de 1918 a 1926, es de sólo 549.972 almas, o sea 61 108 por año. La insuficiencia catastrófica de esta cifra se explica teniendo en cuenta las terribles hambres de 1918-21 y los millones de muertos de la guerra civil; y está bien distante del aumento de 3 millones que dan los Soviets para esos años.

De 1927 a 1937 el aumento de la población fué, según los datos oficiales, de 21.972.000 almas, o sea, de 2.197.000 por año. Mejlaouk, ex-Director de la Comisión del Gosplán, sostiene que fué de tres millones y que en 1935 alcanzó a cuatro millones al año.

Pero comparando la natalidad y mortalidad, tomadas de datos más imparciales, podemos llegar a resultados muy diferentes. Por una parte, la población urbana ha aumentado de 1928 a 1933 en 12.056.200 almas, pero ello se debe en su casi totalidad a la invasión de los campesinos en las ciudades, debida a las crisis continuas de la agricultura y a la colectivización forzada. El aumento real, según las propias estadísticas soviéticas, ha sido sólo de 149.200 habitantes. Ello se debe a las condiciones miserables de vida de estos emigrantes, la falta de alojamientos y alimentos que ha hecho bajar la tasa de nacimientos en forma alarmante.

La campaña contra la familia, por medio del divorcio y del aborto, tuvo tales consecuencias que produjo alarma en el Gobierno y trajo como consecuencia la modificación de las leyes y en 1936 la ley contra el aborto. En 1936 la duración media de los matrimonios en Leningrado era de 7 días a un mes, y en 1935 en Moscú los divorcios alcanzaron al 44,3% de los matrimonios registrados, y el mismo año a 70.000 nacimientos correspondieron 155.000 abortos.

En cuanto a la población rural, según los propios datos oficiales, tenemos que el número de familias campesinas ha disminuído de 1928 a 1937 de 24.512.000 a 19.930.600. Y, aunque se acepte la cifra de 4,8 personas por familia, que dan las estadísticas y que parece bastante optimista, vemos que es una disminución considerable. Todo esto sin contar con las innumerables relegaciones de campesinos a campos de concentración, como consecuencia de la política de colectivización que continúa. Con estos datos oficiales llegamos a la conclusión que la disminución de la población en los campos ha sido, sin tomar en cuenta la emigración a las ciudades, de 6.688.000 almas en 1933 y de 8.315.000 en 1937. Difícil se hace creer, como dicen los Soviets, que la población rural proporcione de 6 a 7 millones de nacimientos por año.

Por otro lado la mortalidad, a pesar de las grandes campañas médico-sanitarias emprendidas, no parece haber disminuído en relación con la de antes de la guerra. Los mismos órganos de la prensa soviética reclaman y denuncian el estado lamentable de los servicios sanitarios, la carencia absoluta de médicos y medicinas en casi todo el país, y la poca preparación e irresponsabilidad de los médicos que se gradúan en las universidades soviéticas.

Además hay que agregar a la mortalidad natural, la mortalidad "inconfesable", que en el régimen soviético es necesario tomar en cuenta. Esta mortalidad es la producida por los campos de concentración y por las ejecuciones en masa. En 1937 existían más de 300 campos de concentración con unos 5 millones de prisioneros, y esto según datos de la prensa soviética, que deben ser necesariamente aumentados

para llegar a la realidad. Según estadísticas del Comisariato de Salud Pública, en estos campos, la mortalidad era en 1931 del 60% al 70% y dos prisioneros que lograron escaparse, han declarado bajo juramento que en el campo de concentración en que se encontraban era superior al 15% en 24 horas, debido a que el hospital de 75 camas debía atender a 200 enfermos. Según datos recogidos por Sir Hugh Walpole, mueren más de 3 millones de personas al año en los campos de concentración y sin embargo, el número de prisioneros aumenta constantemente.

Referente a las ejecuciones es más difícil obtener cifras exactas, pero según informaciones recogidas por observadores dignos de fe y por la misma prensa soviética podemos darnos cuenta de la importancia que tienen en la mortalidad general del país. De los 18.000 oficiales de ejército que estaban en servicio en 1937 hay 9.742 en prisión o fusilados; en Moscú sólo quedan 2.984 de los 4.000 que había, ese mismo año. Personalidades soviéticas, en misión en el extranjero, estiman entre 20.000 y 30.000 el número anual de ejecuciones sólo en el ejército y marina; y el jefe de los "Sin Dios" ha declarado que, sólo en la región de Yaroslav, han sido ejecutados 200 Komsomolistas en 1937, y culpa de ello a los "provocadores fascistas" que hacen fusilar a multitud de jóvenes "inocentes".

Con todo lo expuesto no se puede, naturalmente, llegar a dar una cifra exacta de la población de la URSS. ni de su aumento anual. Pero el aumento real de 3 millones de almas al año, como promedio, parece a todas luces imposible. La mortalidad espantosa que ahora existe debe anular completamente los 4 o 5 millones de nacimientos, en que puede estimarse la natalidad anual. Con todo, la cifra de 145.000.000 de habitantes, dada por Krivitsky, puede considerarse como la más aproximada a la realidad. El actual sistema de ejecuciones y prisiones está haciendo perder poco a poco a la URSS. todo el aumento de población obtenido durante el período de 1920 a 1933.

Y para terminar nada más apropiado que la bella frase con que A. Gide concluye su última obra sobre su viaje a Rusia: "No apartaremos de tí nuestras miradas, gloriosa y "dolorosa Rusia. Si antes nos servistes de ejemplo, ahora " nos muestras en qué médanos puede hundirse una revolución".

B. D. I.

El mito de la sobreproducción general

Por Antonio Cifuentes

Una de las explicaciones corrientes de la Crisis es estimarla como consecuencia de una sobreproducción general de artículos. En revistas y periódicos se habla constantemente de crisis de sobreproducción, aunque pocas veces se precisa bien el alcance que se le da al término sobreproducción. ¿Qué se entiende por sobreproducción? ¿Qué se ha producido tantos artículos que las necesidades de todos los hombres están saturadas y el sobrante de bienes no se puede consumir? Sólo el enunciar tal idea se ve claramente cuán disparatada es. Porque ¿qué ser humano tiene todas sus necesidades satisfechas? ¿No hay millones de seres humanos que sólo tienen lo indispensable para comer? Entonces, ¿cómo puede hablarse de sobreproducción?

Evidentemente no hay sobreproducción con respecto a las necesidades humanas. No hay tanto trigo, arroz, carne, automóviles, casas, etc., que no haya quién consuma o use tales objetos. Si nosotros distribuimos mentalmente el total de producción por el número de habitantes, aun en los países más ricos del globo (EE. UU. p. ej.) nos asombraremos al comprobar la reducida cuota por cabeza que resulta; lo que demuestra que estamos muy lejos de haber llegado a una etapa histórica en que disponemos tan abundantemente de los bienes que podemos proporcionar un alto standard de vida a toda la humanidad como parece desprenderse del concepto de sobreproducción.

Si aplicamos las leyes de una dietética óptima no hay ningún país que tenga bienes para satisfacer cumplidamente las necesidades alimenticias de sus habitantes. Según un estudio del Departamento de Agricultura de los EE. UU. Norteamérica necesitaría cultivar 335 millones de acres en lugar de 294 como eran en 1933. La dieta óptima requeriría un aumento de 41 millones de acres (13,2 %). Tomando como promedio los cinco años de 1928 a 1932, EE. UU. necesita producir un 76 % más en leche, un 43 % más en carne, un 36 % en aves, y aumentos mucho más considerables en verduras y frutas para alimentar cumplidamente al pueblo americano. (1).

(1) Citado por J. Cronwell y H. C. Zerwonky en "La verdad sobre el capitalismo", pág. 290.

En Chile el máximo de disponibilidad de trigo (la disponibilidad es la cosecha, menos la exportación y la semilla para la siembra venidera, y más la importación) ha llegado a un máximo de 174 kilos por habitante en 1934. Seguramente nadie estimará como sobreproducción que cada chileno disponga de unos 490 gramos diarios de trigo, dos otros productos básicos de la alimentación también tienen cuotas muy reducidas por habitante. Estimando el consumo medio de frejoles en 500 mil quintales, resulta por habitante y por día algo más de 300 gr. Bastante menos es la disponibilidad de leche y carne. ¿Cómo se puede hablar entonces de sobreproducción?

Si examinamos más profundamente el problema nos encontramos con que en los años de crisis (1931-32) se hablaba de sobreproducción. En ese tiempo parecía que de todo sobraba. Los agricultores no encontraban quien les comprara su trigo y los industriales sus productos. Al mismo tiempo existía una miseria y una hambruna general en el pueblo. Después, en los años 1935-38 se habló del fenómeno inverso, de crisis de subsistencias. Lo curioso es que la disponibilidad de trigo por habitante era en 1931 (¡¿año de sobreproducción?!) de 113 kgrs. y en 1935 (¡¿crisis de subsistencias?!) de 152 kgrs.

Esto nos está diciendo a las claras que el término sobreproducción está mal aplicado. En realidad no hay en determinadas épocas una superabundancia de bienes y en otras una escasez de bienes; sino, en unas, restricción de medios de pago (1931) y en otras abundancia de medios de pago (1935-38). Por eso los que hablan de crisis de sobreproducción y se imaginan solucionar el problema con planes de redistribución de las rentas o rebajas de horas de trabajo no hacen más que razonar sobre un mito. La sobreproducción general con respecto a las necesidades humanas no ha existido jamás. Lo que ha existido en determinadas épocas es restricción del circulante, restricción del crédito; en una palabra, crisis monetaria.

LOS LIBROS

"DE LAS ANTIGUAS A LAS MODERNAS CORPORACIONES",
por Carlos Radicati di Primeglio.—Lima, 1938.

La obra del señor Radicati, presentada como tesis a la Universidad Católica de Lima para optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas y Económicas, comprende un estudio sucinto y sintético de la asociación profesional en la antigüedad, edad media y moderna, seguido de un análisis más detallado de la organización sindical y corporativa en nuestros días, principalmente en lo que al fascismo se refiere.

Como trabajo de doctorado, representa la tesis en cuestión un gran esfuerzo. Ampliamente documentado sobre la materia, la expone el autor, no sólo en sus aspectos históricos y objetivos, sino también en forma crítica, lo que contribuye a dar mayor interés a su lectura.

En cuanto al aspecto doctrinario, se demuestra el señor Radicati como un ferviente fascista lo que da a su trabajo un carácter hasta cierto punto parcial que lo lleva a valorizar en muy poco, o aun a desconocer, ciertos aspectos importantes del tema. Así por ejemplo, estimamos en cierto sentido injusta y en todo caso incompleta la exposición de la doctrina social católica y de su influencia en el moderno corporativismo. Es cierto que el autor reconoce esta influencia, pero da a ella una importancia muchísimo menor de la que tiene. Así por ejemplo, llama inmediatamente la atención el hecho de que al analizar la doctrina de la Iglesia en estas materias, sólo cite la Encíclica "Rerum Novarum" y sus principios sindicales, pero nada diga, y ni siquiera mencione, el documento más importante de todos, cual es la Encíclica "Quadragesimo anno". En ella, no sólo se exponen los principios fundamentales que han de informar — según el Sumo Pontífice — la constitución de la sociedad basada en los "órdenes" o "profesiones", sino que también se critica la organización corporativa fascista, exaltada y alabada sin reservas de ninguna especie por el autor. En el estudio del moderno corporativismo no puede prescindirse de "Quadragesimo anno", ni de tanto importante comentador de su texto como Rutten, Neil-Breuning, Aspiazu y tantos otros.

Y esta omisión salta aun más a la vista al constatar que el autor, por supuesto que con el mejor espíritu, atribuye al fascismo italiano conceptos como el de salario justo, que pertenecen en realidad a los principios sociales de la Iglesia.

Difícil nos parece conciliar la exaltación exagerada del autor por las doctrinas político-sociales de su patria, no sólo con la justicia en lo que a la doctrina católica se refiere, sino aun con algunos de sus puntos fundamentales. Así por ejemplo, concluye el señor Radicati propiciando (página 359) la prohibición terminante de toda suspensión de las actividades productivas, en circunstancias de que es universalmente reconocido por los tratadistas católicos el **derecho** a huelga en ciertos casos y condiciones.

Llama también la atención el no encontrar en la obra del señor Radicati nada sobre uno de los aspectos a nuestro juicio más importantes del moderno corporativismo, cual es la **determinación jurídica** de la corporación, materia en la cual han aportado tanta luz insignes tratadistas franceses de derecho público como Maurice Hauriou, George Renard y diversos juristas católicos, actuales sostenedores de la moderna teoría institucional.

Formulamos estas observaciones críticas sin ánimo de rebajar en forma alguna los méritos del estudio del señor Radicati. Como decíamos más arriba, en su calidad de tesis de doctorado representa un esfuerzo de mucho mérito, de importancia y utilidad principalmente en lo que a la exposición del régimen fascista se refiere. Justamente, por tratarse de un estudio que por sus cualidades sale de lo común en esta clase de trabajos, nos hemos sentido inclinados a hacer una crítica lo más completa y franca posible.

J. Philippi



LETRAS Y ARTES

“DANZA DEL AGUA Y DEL FUEGO”, Poemas de José Luis Cerda Urrutia.

Un lírico entremezclarse de emociones del alma y de acentos de la naturaleza.

EL PAISAJE DE LAS LETRAS

“LA ANTOLOGIA DE LA POESIA RELIGIOSA ESPAÑOLA”, de R. E. Scarpa”; por Osvaldo Lira.

LOS LIBROS:

“Goethe, Historia de un hombre”, por Emil Ludwig.

“Los cuentistas chilenos”, Antología de Raúl Silva Castro.

Danza del Agua y del Fuego

DANZA DEL AGUA

En pétalos de cristal
se está deshojando el cielo.
Hay un suicidio de nubes
que vierten sangre incolora
sobre los campos sedientos,
y desmayando su entraña
besan la tierra.
Cae la lluvia,
vendimia de las estrellas.
Estrías de fina plata,
blancos cabellos del aire
que un viento travieso enreda
con sus dedos de diamante.
Melena de los espacios,
inquieta y ensortijada,
que ni los pinos silvestres
podrían jamás peinarla.
El agua sigue bailando
una cristalina danza;
y los cielos se han dormido
junto a la tierra mojada.

DANZA DEL FUEGO

Un ángel clavó un puñal
en las entrañas del aire,
y la brisa está jugando
con cascabeles de sangre.
La brisa, niña que ríe
sin entender lo que pasa.
Enredados en su pelo
cien campanillas de plata,
dolor de soles heridos,
y una peineta encarnada.
La brisa, niña llorando
sin entender lo que pasa.
Su delantal de azucenas
salpicado de naranjas,
amenazado de toros,
y bordado de escarlata.
Y un florecer de claveles
rojos, en sus manos blancas.
La brisa, niña que huye,
las mejillas sonrosadas.

EL PAISAJE DE LAS LETRAS

“La antología de la poesía religiosa española”, de

R. E. Scarpa

Se ha dicho que toda antología, por el hecho mismo de serlo, debe verse considerada como producto de puntos de vista obligadamente arbitrarios. Por consiguiente quien dice antología también dice, según esto, algo que se defiende del análisis y se resiste a los esfuerzos de quien venga, apoyado en normas objetivas, a desmenuzar el haz de los principios que la han dado a luz. Es acertado este decir. Con tal que lo de **arbitrario** no se considere como sinónimo de caprichoso o falta de fundamentos, sino como una característica que se desliza necesaria, espontánea, suave y silenciosa, en toda intuición intelectual de la realidad, en aquello que los místicos denominan conocimiento experimental o por connaturalidad. Constituyen allí la dosis inevitable de elemento poético, valé decir personal, inefable, incomunicable, que acarrea consigo la abstracción metafísica. Ya Henri Brémond calificó de **angustas gemelas** a la Poesía y a la Metafísica, y efectivamente no se da jamás una de ellas sin la otra, siempre, por supuesto, que una y otra sean auténticas.

Por eso se verifica esa paradoja que angustia y atormenta a la inteligencia de los que piensan: de que, a medida que nuestro espíritu se va adentrando en la entraña viva del Ser, a medida que más lo actualizamos, a medida que nos volvemos más personales (no personalistas) vamos aumentando los puntos por donde establecer contacto con nuestros semejantes. Hasta llegar a decir con Unamuno que “lo original en nosotros no es lo que nos diversifica de los demás sino lo que nos hace **convenir** con ellos”, porque “lo original es lo originario” y por el origen todos somos iguales. Se va acentuando el Poeta según su intuición, se va desprendiendo de lo circunstancial y efímero con que lo asedia la sensibilidad — es alma y cuerpo, al fin — para no conservar sino lo de universal y eterno que constituye la estofa íntima y privativa de su contacto con el Ser. El gran poeta es, en efecto, universal y permanente. Su prestigio no se interrumpe por más que pueda y deba sufrir fluctuaciones provenientes de encontrarse el espíritu humano alejado en sensibilidad. Lo cual no quiere decir que se halle al alcance de todos. Hay que tener cuidado en no confundir universalidad con colectividad.

Anclado en las aguas profundas del Ser; por profundas, inmóviles; por inmóviles, apoyo y sostén de la movilidad, el poeta puede dejarse guiar por sus apreciaciones personales: están ellas aseguradas por su contacto con las profundidades del Ser contra todo viento de superficie que pudiere atraer

sus miradas a la movilidad de las olas fugaces y apartarlas de la inmovilidad del mar permanente. Esa es la cualidad que brilla por sobre muchas otras en la antología que Roque Esteban Scarpa ha consagrado recientemente a la poesía religiosa española. Su atinado apego al Ser lo ha llevado sin vacilaciones ni desvíos a considerar en la poesía algo que los críticos de renombre y las gentes del gran mundo, nunca o casi nunca toman en cuenta, a considerar en la poesía el elemento... poético. Lo principal en una poesía es que sea poética; como en una filosofía, que sea filosófica; como en una ciencia, que sea científica. Lo principal, y a lo que menos se echa mano de ordinario para aquilatar su valor. Por haberlo erigido en norma de su selección ha conseguido Scarpa una obra tan lograda, de calidad tan exquisita.

Si ha habido una nación en que la poesía y la poesía religiosa hayan brillado con esplendores de gloria es sin duda la España. Hasta los menos cultivados conocen de oídas siquiera, porque se va tornando ya legendaria, la riqueza portentosa que han alcanzado las manifestaciones de la poesía española. El español ante todo y por sobre todo es poeta. Lírico y místico. Que al fin y al cabo son análogamente la misma cosa: mística natural la lírica, lírica sobrenatural la mística. La sola evocación de los nombres de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Góngora y Francisco de Quevedo es suficiente para adquirir cierta idea de las dificultades que acarrea el pretender efectuar una selección entre tanta riqueza. Con su gusto certero de artista, probado suficientemente ya, y con una paciencia y tenacidad bastantes a refrenar todo desfallecimiento, Scarpa ha salido airoso de una empresa que hasta ahora nadie, que sepamos, había acometido y cuya necesidad se imponía en época como la que estamos viviendo, cuando las nociones fundamentales han perdido en la mente y boca de los hombres sus perfiles de consistencia.

Hay algo de grandísimo interés que se desprende de la Antología de Scarpa: la esencial continuidad que manifiesta la poesía española a través de las formalidades que va revisitando de acuerdo con las épocas en que se desarrolla. Los poetas actuales españoles no son más modernos que Lope de Vega o Don Luis de Góngora. Porque Lope de Vega o Don Luis de Góngora no son menos modernos que los actuales. Una sola solución de continuidad aparece: la del siglo XVIII y parte del XIX en que se pierde la poesía porque antes se ha perdido la conciencia nacional. Los cantos populares han salvado entonces al arte poético español, popular por antonomasia y por esencia. En una mezcla curiosa y paradójica de originalidad poderosa y semejanza profunda, que nos hace encontrar a Góngora en García Lorca, a Lope de Vega en Rafael Alberti o a San Juan de la Cruz en Luis Rosales y

Miguel Fernández, se manifiesta el poderío de una inspiración que en su fuego purifica todo material que encuentra a mano, haciendo así desaparecer las diferencias hijas de la índole directa de esos materiales, resolviéndolas en una común vida de intuición, por inmaterial, siempre antigua y siempre nueva.

El sentimiento místico circula también al través de todas las páginas de esa antología. Es increíble que una mentalidad tan cultivada y penetrante como la de Pedro Sáinz Rodríguez lanzara la afirmación de que la mística española es un fenómeno esporádico dentro de la historia literaria de España. Puede ser que en cuanto a la mística explícita tenga razón el ilustre escritor. Pero la mística como actitud vital, como desprecio de lo terreno y ansias de infinito es algo consustancial con el español. La mística ortodoxa, católica se eleva en San Juan de la Cruz a cimas no superadas; pero místicos también, aunque paganos y sin esperanzas se muestran, por ejemplo, J. R. Jiménez en "Piedra y Cielo" o Rafael Alberti en "Sobre los Angeles". Más insostenible aún, por carecer en absoluto de fundamento, es lo que manifiesta L. Alberto Sánchez en su crónica sobre la obra de Scarpa; ¿qué entenderá por mística ese indoamericano? ¿habrá comprendido o entrevisto siquiera la razón de ser de la "Noche oscura" o de la "Llama de amor viva"? No hay que reducir ese conocimiento secreto y misterioso a las solas modalidades que pueda revestir en Kirkegaard o en Unamuno; bajo apariencias narrativas que el escritor peruano no ha sabido ni podido traspasar el pensamiento de San Juan de la Cruz se desenvuelve en intuiciones hondísimas en que lo sobrenatural ha asimilado en fusión completa la sustancia poética dándole a su poesía esa gracia, fluidez y armonía capaz de satisfacer al más enamorado de la perfección técnica en el arte.

La obra de Scarpa es rica en sugerencias. Las **Notas** con que corona su selección son un verdadero tratado de estética, de la buena, de la que es metafísica, no de eso que llama por ahí **Estética** algún profesor fiscal que se permite desorientar las mentes juveniles con publicación que lleva ese nombre sin encerrar ese contenido. Sin armazón técnica, y sí con amenidad honda que cautiva, Scarpa en sus **Notas** procura una verdadera fiesta a la inteligencia. El joven escritor ha asentado ya sólidamente su prestigio y probado lo efectivo y auténtico de su valer. Sólo queda desearle que estos primeros pasos afortunados sean únicamente el comienzo de una larga serie que realice para contribuir a ese urgente y necesario orientarse de la mentalidad artística en nuestra patria.

LOS LIBROS

GOETHE, HISTORIA DE UN HOMBRE, por Emil Ludwig.—Editorial "Letras".—Santiago de Chile.

Dentro del género tan extendido de la biografía es, sin duda, Ludwig una de las figuras más descollantes. Bien es verdad que el auge de esta especie de libros le ha llevado, por demanda editorial, a estudiar con excesiva superficialidad figuras que merecían mayor respeto, pero dentro de su producción hay algunas obras hechas con evidente interés humano, con apasionado y enamorado acercamiento. En este grupo, quizás algo escaso, ocupa sitio de honor este relato paralelo del pensamiento y la vida de Goethe.

Para Ludwig, el formidable pensador alemán más que un simple espectáculo fué un maestro, una raíz de donde él cobró fuerzas para levantar su propia personalidad. Y esto se entiende a través de las páginas, porque los dos volúmenes de la obra son el desarrollo de una melodía vital, del crecer dudoso de un hombre que se estudia, se analiza, reconoce sus yerros, y llega a la armonía por la cual luchó durante tantos años: armonía que no consiste en renunciar a una parte de su ser, sino en vivir con lo bueno y lo malo que le es inherente. Así de maestro a discípulo se advierte en la biografía dos vidas superpuestas: la del biografado y la de su biógrafo.

Por lo demás, un tono de seriedad, un apoyarse en la misma obra goethiana para sus conclusiones, le da un sabor especial, un interés vivo. Esta obra de Ludwig, para hallarle su médula, hay que leerla como pedía, para otras cosas. Goethe: Sin prisa y sin reposo.

R. E. S.

LOS CUENTISTAS CHILENOS, (ANTOLOGIA), por Raúl Silva Castro.—Ediciones "Zig-Zag", Santiago de Chile, 1938.

Esta obra del señor Silva Castro tiene dos aspectos: uno, el de estudio serio, concienzudo, de un tema casi virgen, como era el del cuento chileno; otro de labor antológica propiamente tal. Ambos difíciles por su magnitud, por el excesivo buscar de noticias, que dieran un ensayo definitivo, total, de ese género literario hasta estos años.

En el primer aspecto, el trabajo del señor Silva Castro es completo. Su estudio versa desde los orígenes hasta los escritores que como Délano, Diego Muñoz, están en un período de plena producción literaria. Este curso que presenta las distintas modalidades de épocas y escuelas literarias, encerraba no pocas dificultades, que fueron salvadas airosamente.

En el segundo aspecto, el antológico, ayudado por notas biográficas, el lector se encuentra situado, por las anteriores explicaciones de la parte primera, frente a la producción misma de los autores. Tarea árdua y cansadora la de buscar y seleccionar los cuentos que mejor traduzcan la modalidad de un autor. Y sin embargo también vencida, en su mayor parte, por el señor Silva Castro.

En resumen es esta una obra de consulta importante, que aúna a esa cualidad la de tener un contenido antológico vario e interesante de leer.

R. E. S.

